

PLUTARCO

OBRAS MORALES Y DE COSTUMBRES

(MORALIA)

XII

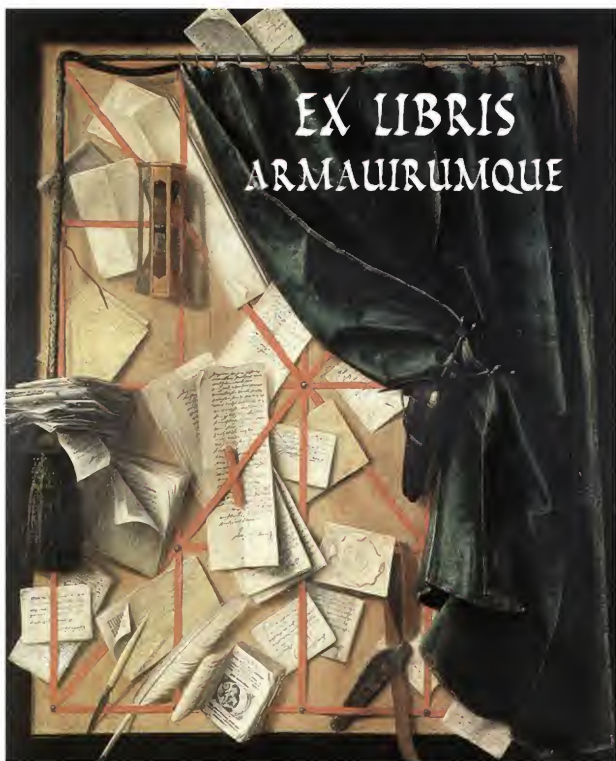
TRATADOS ANTIEPICÚREOS

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN FRANCISCO MARTOS MONTIEL



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 323



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por CARLOS GARCÍA GUAL.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2004.

www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 21076-2004.

ISBN 84-249-1601-8. Obra completa.

ISBN 84-249-2714-1. Tomo XII.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2004.

Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN

1. *Plutarco y el epicureísmo*

En la historia de la recepción de la filosofía epicúrea, Plutarco ha jugado un papel ciertamente paradójico. Por un lado, desde el siglo xv, en que se recuperan textos fundamentales para la comprensión del epicureísmo como el poema *De rerum natura* de Lucrecio, la biografía de Diógenes Laercio o los escritos filosóficos de Cicerón, pero sobre todo desde el xvii, con la obra de Pierre Gassendi, que inaugura una nueva etapa de los estudios epicúreos¹, Plutarco se convierte en una verdadera mina de la que los estudiosos van extrayendo paulatinamente numerosas citas, referencias, alusiones y pasajes paralelos que ayudan a entender y profundizar en el pensamiento de Epicuro². Por otro lado, sin embargo, el propio Plutarco, por más que recoja algunos aspectos de la habitual polémica antiepicúrea de la Antigüedad en su condena de Epicuro, a quien acusa principalmente de falta de fe

¹ Vid. E. GARIN, «Ricerche sull'epicureismo del Quattrocento», en *Epicurea in memoriam Hectoris Bignone*, Génova, 1959, págs. 217-231, y C. GARCÍA GUAL, *Epicuro*, Madrid, 1981, págs. 252 ss.

² Cf. H. USENER, *Epicurea*, Leipzig, 1887, pág. LXIV: «Praeter sectatores et Laertium testimonia de Epicuro magis locupletia et copiosa non sunt quam M. Tulli Ciceronis et Plutarchi».

en la providencia divina, de irreligiosidad y de inmoralidad, contribuyó en buena medida a la formación y difusión de las acusaciones que desde finales de la Antigüedad y durante todo el Medioevo fueron tradicionalmente dirigidas contra Epicuro, desde Clemente de Alejandría, que repite las mismas acusaciones de Plutarco, cuya obra conocía bien (aunque nunca lo cite como fuente)³, hasta Teodoro Metoquita, quien a comienzos del siglo xiv se adhiere plenamente y de forma explícita a la condena del Queronense⁴.

En general, Plutarco, como buen platónico que era, estaba obligado a oponerse con fuerza al materialismo de la doctrina epicúrea, que encuentra en la materia y el azar las claves para una interpretación coherente y totalizadora del universo, enarbolando un idealismo dualista y finalista para

³ Cf. K. ZIEGLER, *Plutarco*, ed. italiana [trad. por M.^a R. ZANCAN RINALDINI], del libro *Plutarchos von Chaironeia* (Stuttgart, 1949), Brescia, 1965, pág. 374. Para CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.* I 1, 2; 50, 6; 52, 4, etc., los epicúreos son unos ateos inmorales que suprimen la providencia divina y divinizan el placer. Sobre la presencia del epicureísmo en la obra de Clemente, vid. A. DESSI, «Elementi epicurei in Clemente Alessandrino. Alcune considerazioni», *Athenaeum* 60 (1982), 402-435.

⁴ En su ensayo «Sobre Plutarco» (cap. 71 de su *Miscellanea philosophica et historica*, págs. 463-481 en la edición de M. C. G. MÜLLER-M. T. KIESSLING, Leipzig, 1821), algunas de cuyas páginas, en especial las dedicadas a la crítica plutarquea del epicureísmo (págs. 468-471), parecen reflejar una lectura directa de la obra de Plutarco, y en concreto del tratado *Non posse suaviter vivi secundum Epicurum*, que el Metoquita conoció probablemente a través de la edición planudea de 1296, sobre la que hablaremos más adelante: vid. L. TARTAGLIA, «Il Saggio su Plutarco di Teodoro Metochita», en Ταλαρίσκος, *Studia Graeca A. Garzya sexagenario a discipulis oblata*, Nápoles, 1987, págs. 339-362, y F. J. ORTOLÁ SALAS, «Plutarco, educador de bizantinos: de Agatías Escolástico a Teodoro Metoquita», en J. G. MONTES-M. SÁNCHEZ-R. J. GALLÉ (eds.), *Plutarco, Dioniso y el vino. Actas del VI Simposio Español sobre Plutarco (Cádiz, 14-16 de mayo de 1998)*, Madrid, 1999, págs. 349-357, en pág. 355.

el cual el alma, de esencia divina, es infinitamente superior a la materia. No es de extrañar, por tanto, la frecuente expresión de los sentimientos antiepicúreos del Queronense en bastantes de sus obras (principalmente en sus escritos polémicos contra esta escuela, sobre los que hablaremos en seguida, pero también en muchos otros tratados de los *Moralia* y en algunas de sus *Vidas*)⁵, y por consiguiente la conservación en ellas de numerosas referencias a las doctrinas y escritos del propio Epicuro y de varios de sus seguidores.

Como es sabido, el epicureísmo era una filosofía plenamente vigente en la época de Plutarco: los propios tratados antiepicúreos de éste, así como otras refutaciones escritas contemporáneamente, por ejemplo la de Epicteto, son buena prueba de la continuidad y vitalidad de la escuela entre finales del siglo I y comienzos del II⁶. Testimonio de ello son también los diversos amigos epicúreos que tuvo Plutarco⁷, mencionados en distintos lugares de los *Moralia* y tratados en general con corrección y a veces incluso con cierta simpatía: Boeto, amigo de los días de estudiante de Plutarco

⁵ Una relación completa y detallada de todas las obras en las que Plutarco ataca al epicureísmo puede verse en J. BOULOGNE, *Plutarque et l'épicurisme*, París, 1986.

⁶ Cf. J. FERGUSON, «Epicureanism under the Roman Empire», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt [ANRW]* II 36.4 (1990), 2257-2327, y J.-M. ANDRÉ, «Les écoles philosophiques aux deux premiers siècles de l'Empire», *ANRW* II 36.1 (1987), 5-77, esp. págs. 44-46. Este último autor llega a sugerir, aunque con muchas reservas, que Plutarco pudo tener algo que ver con la crisis del epicureísmo ateniense a comienzos del principado de Adriano, «cuando el Jardín de Atenas (de cuya vitalidad dan buena prueba Marcial y Juvenal) atraviesa una crisis de vocaciones científicas que hacen difícil la elección de un escolarca».

⁷ En general, sobre los amigos de Plutarco remitimos a B. PUECH, «Prosopographie des amis de Plutarque», *ANRW* II 33.6 (1992), 4831-4893, y en especial, por lo que respecta a los epicúreos, a BOULOGNE, *op. cit.*, págs. 19-52.

convertido luego al epicureísmo⁸; Jenocles de Delfos, «seguidor de las doctrinas de Epicuro» y viejo amigo del Queroneense⁹; Alejandro «el epicúreo», calificado por Plutarco de «encantador y bastante erudito»¹⁰; Zópiro, un médico «completamente familiarizado con los escritos de Epicuro»¹¹. Plutarco, pues, a pesar de su rechazo de la doctrina epicúrea, mantuvo buenas relaciones con miembros contemporáneos de la escuela y, aunque ocasionalmente muestre cierta antipatía hacia algunos epicúreos¹², en general se muestra amistoso y cortés con la mayoría de los que aparecen en sus obras; nuestro autor, en suma, supo bien «distinguir entre los dogmas y los hombres»¹³.

No es aventurado suponer que la amistad de estas personas permitiría a Plutarco tener un conocimiento de primera mano del epicureísmo; de hecho, Epicuro es, tras Platón, Aristóteles y Crisipo, el filósofo que recibe mayor atención en la obra de Plutarco. De lo que no cabe duda, empero, es de que Plutarco conocía bien los escritos epicúreos (algunos

⁸ Cf. *Pyth. or.* 5 (*Mor.* 396E); en *Quaest. conv.* V 1, 1 (*Mor.* 673C) se le llama «el epicúreo». Advertimos desde ahora que para citar las obras de Plutarco usamos las abreviaturas propuestas por A. PÉREZ JIMÉNEZ en su «Introducción general» a *Plutarco. Vidas paralelas I*, Madrid, 1985 (BCG 77), págs. 127-131; de los *Moralia*, en concreto, damos siempre la cita completa: título del tratado, capítulo y, entre paréntesis, número de página en la edición de STEPHANUS de 1599.

⁹ *Quaest. conv.* II 2, 1 (*Mor.* 635A-C).

¹⁰ Cf. *Quaest. conv.* II 3, 1-2 (*Mor.* 635E-636A); se trata probablemente del mismo Alejandro a quien Plutarco dedicó su tratado *De Herodoti malignitate*.

¹¹ Cf. *Quaest. conv.* III 6, 1-2 (*Mor.* 653C-654B), donde Zópiro explica con detalle los argumentos del *Simposio* de EPICURO sobre el momento más conveniente para mantener relaciones sexuales.

¹² Así ocurre con el anónimo epicúreo que aparece en *Ser. num. vind.* 1 (*Mor.* 548 C), o con el Heraclides de *Suav. viv. Epic.* 2 (*Mor.* 1086E).

¹³ BOULOGNE, *op. cit.*, pág. 464.

de ellos los tendría en su pequeña biblioteca de Queronea, aunque habría tenido bastantes oportunidades de consultarlos en sus estancias en Atenas, Alejandría y Roma) e incluso los utilizaba directamente, como demuestran sus numerosas citas y referencias a ellos¹⁴. En efecto, a través de la obra de Plutarco, especialmente de sus escritos antiepicúreos, nos han llegado más de un centenar de fragmentos textuales de Epicuro y de algunos de sus discípulos, particularmente Metrodoro y Colotes, aparte de otros muchos pasajes en los que el Queronense se refiere indirectamente a las doctrinas de Epicuro o reflexiona sobre ellas¹⁵.

Aunque en el seno de la Academia y también de la Estoa se habían producido diversos tratados polémicos contra los epicúreos que Plutarco debía de conocer y que pudo haber utilizado en sus escritos, no fueron éstos (con frecuencia simples panfletos) la fuente principal de su conocimiento del epicureísmo. Ya Ziegler estableció que Plutarco leyó sin duda las fuentes epicúreas originales, aunque pudiera haberse servido de tratados polémicos de académicos como Clitómaco de Cartago, según sugirió Usener¹⁶; a similares conclusiones han llegado Hershbell y Boulogne, si bien este último insiste en no desdeñar totalmente la tradición

¹⁴ Cf. BOULOGNE, *op. cit.*, págs. 456-458, y J. P. HERSHBELL, «Plutarch and Epicureanism», *ANRW* II 36.5 (1992), 3353-3383, en págs. 3356 y 3360.

¹⁵ Un buen número de esos fragmentos pueden ser asignados con razonable certeza a obras específicas (*Cartas, Máximas capitales, Casos dudosos, Sobre el criterio o Canon, Sobre la naturaleza, Simposio*, etc.), aunque hay también muchas otras citas o paráfrasis de escritos de Epicuro cuyas fuentes no pueden determinarse con precisión: Cf. HERSHBELL, *op. cit.*, págs. 3357-3360.

¹⁶ ZIEGLER, *op. cit.*, pág. 161. La sugerencia de USENER, *op. cit.*, pág. LXIV, choca, sin embargo, con el hecho de que en ningún lugar de la obra de Plutarco aparece referencia alguna a Clitómaco.

polémica, pues, a pesar de que es innegable un conocimiento directo de los escritos y pensamiento epicúreos por parte de Plutarco, su actitud hacia el epicureísmo habría venido dictada, según este autor, por «una doble tradición: la de las prácticas polémicas habituales de la época, y la de la polémica antiepicúrea propiamente dicha»¹⁷.

Este conocimiento, incluso familiaridad de Plutarco con los escritos epicúreos está en relación directa con una importante cuestión: la de su mayor o menor fidelidad u objetividad al citar las obras de Epicuro y sus seguidores o exponer sus ideas. Obviamente, aquí debe tenerse muy en cuenta la propia naturaleza polémica de los escritos antiepicúreos de Plutarco, pero esto no debe llevarnos necesariamente a concluir que Plutarco citara mal de forma deliberada o que incluso llegara a falsear los escritos de sus oponentes. De hecho, el propio Plutarco acusa al epicúreo Colotes de mutilar y descontextualizar las citas e ideas de los filósofos que critica¹⁸, por lo que no parece que quisiera exponerse de buena gana a similares acusaciones. Es cierto, como ha estudiado Hershbell¹⁹, que Plutarco tiende a abreviar y adaptar pasajes de Epicuro, pero cuando podemos comparar sus citas con otras que encontramos en otros autores antiguos, particularmente en Diógenes Laercio, por lo general parecen precisas y concordantes, si no en la forma sí en el fondo. No hay razón, por tanto, para dudar en principio de la honestidad intelectual de Plutarco a la hora de citar los escritos epicúreos: la afirmación de Bailey de que «Plutarco pone buen

¹⁷ HERSHBELL, *op. cit.*, pág. 3360; BOULOGNE, *op. cit.*, pág. 463.

¹⁸ Col. 3 (*Mor.* 1108D).

¹⁹ HERSHBELL, *op. cit.*, págs. 3357-3361.

cuidado, siempre que le es posible, en citar las propias palabras de Epicuro», parece sustancialmente correcta²⁰.

Pero una cita fidedigna no garantiza una interpretación fiable. En este sentido, ya Ziegler llamaba la atención sobre la fiabilidad de Plutarco en sus exposiciones de la doctrina epicúrea, presentada a menudo de forma unilateral y claramente hostil²¹. Posteriormente, autores como Hershbell o Boulogne han puesto de relieve cómo la interpretación plutarquea de la filosofía epicúrea se muestra a veces poco consistente e incluso claramente tendenciosa. Así ocurre, por ejemplo, cuando ataca la teoría atomista por no explicar cómo cuerpos sin cualidades, como son los átomos epicúreos, pueden producir cualidades de todo tipo simplemente al juntarse²², o cómo puede salir nada estable del constante movimiento y colisión de los átomos²³. El primer problema, como apunta Hershbell, está mal planteado, pues una cosa son los átomos y otra distinta los objetos por ellos constituidos: para un epicúreo, en efecto, no hay inconsistencia en afirmar que un objeto puede tener cualidades que no tienen los átomos que lo conforman. Respecto a la segunda objeción, cabe resaltar que Plutarco, en su aparente incapacidad de comprender el concepto epicúreo de *periploké*, pasa por alto la pequeñez de los átomos, su propia imperceptibilidad y la de sus movimientos. Además, aunque los argumentos utilizados por Plutarco —empleados ya en su mayoría por estoicos y académicos— son en general pertinentes y reve-

²⁰ C. BAILEY, *The Greeks Atomists and Epicurus*, Oxford, 1928, pág. 230 (citado por HERSHBELL, *op. cit.*, pág. 3368). No ocurre así, sin embargo, con las citas plutarqueas de Metrodoro, que a veces parecen menos dignas de crédito: cf. HERSHBELL, *op. cit.*, págs. 3368 s.

²¹ ZIEGLER, *op. cit.*, págs. 159 s.

²² Col. 8 (*Mor.* 1111C).

²³ Cf. por ejemplo Col. 9 (*Mor.* 1111E) y 10 (*Mor.* 1112B-C).

ladores de un examen atento de los textos epicúreos, sin embargo están basados en última instancia en el apriorismo de juzgar inferior toda explicación cosmológica que no se apoye en la teoría platónico-aristotélica de los cuatro elementos (*stoicheia*)²⁴. Lo mismo sucede cuando critica Plutarco la psicología y gnoseología epicúreas sin profundizar en ellas, sino más bien recurriendo en demasiadas ocasiones al fácil expediente de las generalizaciones y simplificaciones a menudo abusivas²⁵, o cuando polemiza contra la ética epicúrea, y especialmente su teoría del placer, malinterpretando en diversas ocasiones —o sencillamente pasándolas por alto cuando le conviene— ideas centrales como la distinción entre placeres «cinéticos» y «catastemáticos» o la creencia epicúrea de que la ausencia de dolor es el sumo placer, ideas que Plutarco sin duda conocía²⁶.

En suma, una cosa son las citas epicúreas que aparecen en Plutarco, por lo general fidedignas, y otra bien distinta la interpretación plutarquea de la doctrina epicúrea. En efecto, nuestro autor procura citar bien las palabras epicúreas, pero sólo las que le interesan para sustentar mejor sus críticas, y además las interpreta a menudo *pro domo sua*. Plutarco, como afirma Hershbell benévolaemente, «no siempre es exacto en sus discusiones»²⁷.

²⁴ Sobre la crítica de Plutarco a la teoría atomista epicúrea, *vid.* HERSHBELL, *op. cit.*, págs. 3370 s. y 3374-3376, y especialmente la detallada exposición de BOULOGNE, *op. cit.*, págs. 560-611.

²⁵ Cf. *Col.* 20-21 (*Mor.* 1118C-1119C), 25 (1121A-E) o 28 (1123B-1124B), entre otros pasajes, y véanse HERSHBELL, *op. cit.*, págs. 3371 s., y especialmente BOULOGNE, *op. cit.*, págs. 513-559 y 644-655.

²⁶ Cf. especialmente *Suav. viv. Epic.* 3-6 (*Mor.* 1087D-1091A), y véanse HERSHBELL, *op. cit.*, págs. 3372 s., y BOULOGNE, *op. cit.*, págs. 679-686.

²⁷ HERSHBELL, *op. cit.*, pág. 3372.

2. Los escritos antiepicúreos de Plutarco

El llamado *Catálogo de Lamprias*²⁸, redactado entre los siglos III y IV, recoge diez títulos de obras escritas por Plutarco contra Epicuro y sus seguidores, de las que sólo se nos han conservado las tres que componen el presente volumen: *Contra Colotes* (núm. 81; abreviado *Col.*), *Sobre la imposibilidad de vivir placenteramente según Epicuro* (núm. 82; abrev. *Suav. viv. Epic.*) y *De si está bien dicho lo de «Vive ocultamente»* (núm. 178; abrev. *Lat. viv.*). Los títulos y números de las restantes son: *Contra la doctrina de Epicuro acerca de los dioses* (núm. 80), *Sobre las contradicciones epicúreas* (núm. 129), *Sobre el libre arbitrio contra Epicuro* (núm. 133), *Que los epicúreos dicen cosas más paradójicas que los poetas* (núm. 143), *Selecciones y refutaciones de los estoicos y los epicúreos* (núm. 148), *Sobre la superstición contra Epicuro* (núm. 155)²⁹, y *Sobre las formas de vida contra Epicuro* (núm. 159). Algunos tratados contra los estoicos presentan títulos similares a las obras antiepicúreas: *Sobre las contradicciones de los estoicos* (núm. 76; cf. núm. 129), *Sobre el libre arbitrio contra los estoicos* (núm. 154; cf. núm. 133), *Que los estoicos dicen cosas más paradójicas que los poetas* (núm. 79; cf. núm. 143). Esta similitud, que se registra también en el número de obras antiestoicas recogidas en el *Catálogo de Lamprias* (9) y en el de las que se nos han conservado (3), ha llevado a los estudiosos a supo-

²⁸ Se trata del inventario (ciertamente descuidado e incompleto) de obras de Plutarco conservadas en una biblioteca: vid. M. TREU, *Der sogenannte Lampriaskatalog der Plutarch-Schriften*, Waldenburg, 1873, y ZIEGLER, *op. cit.*, págs. 79-85.

²⁹ B. ZUCCHELLI, a cuyo cuidado estuvo la edición italiana del Plutarco de ZIEGLER, veía en la segunda parte de este título un añadido que debía eliminarse: vid. ZIEGLER, *op. cit.*, pág. 82.

ner en Plutarco la intención de combatir de forma paralela las doctrinas de las dos escuelas filosóficas rivales más importantes, así como a pensar que las seis obras supervivientes, tres antiepicúreas y tres antiestoicas, estarían estrechamente ligadas entre sí y constituirían, cada grupo por su parte, una especie de trilogía ideal³⁰. Pero es dudoso que esto fuera así, pues, entre otras cosas, la tradición manuscrita de los tratados antiepicúreos conservados no es unitaria; antes al contrario, los tres han seguido suertes dispares en su transmisión, lo que confirma que no eran considerados como una trilogía y como tal conservados³¹.

En efecto, los códices más antiguos, de entre los siglos x y xi, sólo incluyen una obra, *Lat. viv. (Vaticanus Urbin. gr. 97 [U]*, el más antiguo de todos, datado hacia la mitad del siglo x; *Heidelbergensis Palatinus gr. 283 [H]*, también del siglo x, aunque algo posterior al anterior; *Laurentianus 69, 13 [L]*, códice rescripto de la segunda mitad del siglo xi; y *Parisinus gr. 1955 [C]*, de la misma época que el anterior, del que es copia), o bien *Suav. viv. Epic. (Marcianus gr. 250 [X]*, de la segunda mitad del siglo x). En el último decenio del siglo xiii tenemos las primeras ediciones planudeas, que ya incluyen ambos tratados seguidos, primero *Suav. viv.*

³⁰ Cf. ZIEGLER, *op. cit.*, pág. 155: «Ciertamente no es casual que también de los escritos antiepicúreos nos hayan llegado tres [...]; debemos reconocer más bien en ello la mano de un seleccionador, el cual, en un cierto momento, debió escoger las dos trilogías de escritos polémicos, que de ese modo han llegado hasta nosotros».

³¹ Véanse al respecto las consideraciones de I. GALLO en su introducción a *Plutarco. Se sia ben detto vivi nascosto*, Nápoles, 2000, págs. 7 s. y 23. Tampoco los tratados antiestoicos fueron sentidos como una trilogía, pues, además de que una parte de la transmisión se realizó por separado (especialmente *Stoic. rep.*), cuando se transmitieron juntos siempre se hizo sin unirlos uno a continuación del otro, hasta la edición canónica de STEPHANUS (1572).

Epic., con el n.º 43, y a continuación *Lat. viv.*, con el n.º 44: nos referimos al *Ambrosianus gr.* 859 (C 126 *inf.*) (α), copiado poco antes de 1296, a partir de distintos modelos, por un grupo de escribas que se iban alternando a las órdenes de Planudes, y al *Parisinus gr.* 1671 (A), terminado de copiar el 11 de julio de 1296, que contiene lo mismo que el anterior (69 tratados de *Moralia*) más las *Vidas*. No será hasta el tercer cuarto del siglo xiv que aparecerá un códice con toda la obra de Plutarco tal y como la conocemos en la actualidad: se trata del magnífico *Parisinus gr.* 1672 (E), en el que confluyen las anteriores ediciones planudeas y nueve tratados más de *Moralia* (numerados del 70 al 78), descubiertos e incluidos aquí, tras los 69 recogidos anteriormente, por Planudes o sus continuadores³²; entre esos tratados se encuentra *Col.*, con el n.º 73, por lo que son 29 los que lo separan de *Suav. viv. Epic.* y *Lat. viv.* De este códice, o más bien de su modelo, procede el *Parisinus gr.* 1675 (B), datado en torno al año 1430, que contiene también los escritos antiepicúreos en el mismo orden que E aunque separados esta vez por 13 tratados. No obstante, entre los siglos xiv y xv encontramos diversos códices que parecen seguir otra vía de transmisión, pues, aparte de no incluir *Col.*, presentan los otros dos tratados en orden inverso al de la otra rama de la tradición manuscrita (así ocurre en el *Vaticanus gr.* 1676 [n], de mediados del xiv) y además no seguidos, sino separados por algún o algunos otros tratados (como vemos en otros tres códices, todos del siglo xv: el *Vat. Palatinus gr.* 170 [g]: siete tratados entre *Lat. viv.* y *Suav. viv. Epic.*; el

³² Véase al respecto el artículo de M. MANFREDINI, «La tradizione manoscritta dei *Moralia* 70-77 di Plutarco», *Annali della Scuola Normale di Pisa* 6 (1976), 453-485.

Lond. Harleianus 5692 [c]: dos tratados, y el *Laurentianus* gr. 56, 2 [d]: un tratado)³³.

En resumen, es constatable una cierta simetría entre los tratados antiepicúreos y los antiestoicos de Plutarco recogidos en el *Catálogo de Lamprias*, y no podemos descartar que en principio se tomaran tres tratados de cada grupo conscientemente (aunque tampoco en el *Catálogo de Lamprias* aparecen juntos), pero lo cierto es que luego la gente que los leía y los copiaba no los consideró una trilogía, pues no sintió la necesidad de ponerlos uno a continuación del otro hasta muchísimo tiempo después. No hubo, pues, una trilogía antiepicúrea unitariamente transmitida.

Por lo que se refiere al público al que iban dirigidos estos tratados, actualmente hay consenso general entre los estudiosos respecto a que los escritos antiepicúreos de Plutarco (al igual que los antiestoicos, incluidos también por Ziegler entre los escritos científicos de filosofía) estarían pensados para ser leídos sobre todo en la escuela de Plutarco y en otras similares³⁴. Donini ha sugerido recientemente que la mayor dificultad de comentarios como el *De animae pro-*

³³ Para recopilar esta información hemos utilizado fundamentalmente el *Inventario de los manuscritos griegos de Plutarco* del profesor R. CABBALLERO, a quien agradecemos su gentileza al proporcionarnos una copia del trabajo, aún inédito, y su paciente amabilidad aportando datos, aclarando dudas y comentando ideas.

³⁴ No obstante, C. SANTANIELLO, «Rapporti fra generi letterari e pubblico nel corpus plutarco», en I. GALLO-C. MORESCHINI (eds.), *I generi letterari in Plutarco*, Nápoles, 2000, págs. 271-286, ha subrayado (en págs. 283 s.) el problema que plantea al respecto la dedicatoria de *Col.* (sobre la que hablaremos con más detalle en la introducción particular a este tratado) al procónsul de Acaya L. Herennio Saturnino, quien, a lo que sabemos, no era íntimo de Plutarco ni tenía ninguna relación con su escuela (aunque sí, por su posición e influencia, con otros poderosos personajes romanos amigos de Plutarco, como Sosio Seneción).

creatione in Timaeo o las *Platonicae quaestiones* frente a tratados como *Col.* o *De virtute morali* (que Ziegler incluía entre los tratados filosófico-populares de argumento ético) reflejaría que estaban destinados a dos tipos de público distintos por su grado de preparación³⁵; es una hipótesis plausible, pero, como apunta Santaniello³⁶, también para algunos tratados, entre ellos los de polémica antiepicúrea y anties- toica, se puede pensar en un público de nivel cultural no inferior, o no mucho, al de la literatura exegética. En todo caso, superada ya la errónea distinción de Ziegler entre escritos científicos y populares, podemos afirmar, con Gallo, que los tratados antiepicúreos de Plutarco, al igual que el resto de sus escritos filosóficos, estaban «reservados a una *élite*, en muchos casos no de una escuela, sino de una larga categoría de personas, pero siempre *pepaideuménoi*»³⁷.

Volviendo al terreno de la transmisión textual, merece la pena señalar finalmente que *Lat. viv.* tiene poco en común, por lo que se refiere a aspectos formales y de contenido, con los otros dos tratados antiepicúreos³⁸, como tendremos ocasión de comprobar luego en las introducciones particulares a cada uno de ellos; sin embargo, han sido *Suav. viv. Epic.* y *Col.*, el primero continuación del segundo, como veremos, y ambos, atendiendo a la forma literaria, diálogos (aunque disten bien poco de los tratados filosóficos propiamente dichos de

³⁵ P. DONINI, «Il trattato filosofico in Plutarco», en GALLO-MORESCINI (eds.), *op. cit.*, págs. 133-145.

³⁶ SANTANIELLO, *op. cit.*, pág. 283, n. 34.

³⁷ I. GALLO, «Plutarco», en I. LANA-E. V. MALTESE (dir.), *Storia della civiltà letteraria greca e latina*, vol. III, Turín, 1998, págs. 31-50, en pág. 38.

³⁸ Cf. GALLO, *Vivi nascosto...*, pág. 8.

Plutarco)³⁹, los tratados que más han estado desunidos durante las etapas de su transmisión. En efecto, ambas obras están bastante separadas en los dos códigos, E y B, que las contienen completas, así como en la *editio princeps* de los *Moralia*⁴⁰: en concreto las separan treinta ensayos en E, catorce en B y cuarenta y ocho en la Aldina. Según señalan los editores Einarson-De Lacy⁴¹, el primero que las dispuso seguidas fue el jurista e historiador francés Arnoul Le Ferron (Ferronus) en su traducción latina (Lyon, 1555); pero, al no caer en la cuenta de que el comienzo de *Suav. viv. Epic.* se refiere a *Col.*⁴², Ferronus mantuvo el orden de la edición que manejaba⁴³, limitándose a omitir los ensayos que las separaban. Esta ordenación fue asumida por el francés Robert Estienne (Stephanus) en su edición canónica de 1572⁴⁴, en la que estos ensayos aparecen respectivamente con los números 73 y 74 (y a continuación, con el n.º 75, *Lat. viv.*), y de esta edición pasó a todas las posteriores, a pesar de que a mediados del siglo XVII, es decir sólo unas décadas después, Pierre Gassendi había advertido ya la es-

³⁹ Sobre la distinción entre diálogos y tratados filosóficos en la obra de Plutarco véase DONINI, *op. cit.*, quien propone relacionar esa distinción con las dos diferentes tendencias o interpretaciones del platonismo, la escéptica y la dogmática, que encontramos en el propio Plutarco.

⁴⁰ Publicada en 1509 por las prensas venecianas de Aldo Manuzio, al cuidado de Demetrio Ducas en colaboración con Erasmo, y compuesta aparentemente a partir de un gemelo perdido del código B.

⁴¹ B. EINARSON-PH. H. DE LACY, *Plutarch's Moralia*, vol. XIV, Cambridge, Mass.-Londres, 1967, pág. 3.

⁴² Cf. *Suav. viv. Epic.* 1 (1086D).

⁴³ Probablemente la de Basilea de 1542, que era una simple reproducción de la Aldina.

⁴⁴ Los *Moralia* se suelen citar según los números de página de la edición de 1599, que incluía la versión latina de Xylander.

trecha relación entre ambos tratados y la precedencia de *Col.*, al referirse a éste como «el primero de los dos libros contra Colotes» (*priore in Coloten libro*)⁴⁵.

Por tales razones, en el presente volumen hemos decidido invertir el orden habitual en que estos tratados plutarqueos, *Col.* y *Suav. viv. Epic.*, suelen presentarse: somos conscientes, por supuesto, de que esta ruptura de la tradición ecdótica podrá ser criticada desde diversos ángulos, pero, en primer lugar, contamos con algunos precedentes que podemos invocar en nuestro apoyo, desde el propio *Catálogo de Lamprias* (que incluye *Suav. viv. Epic.* a continuación de *Col.*), pasando por la traducción dieciochesca del abate Dominique Ricard⁴⁶, hasta el conocido *Plutarco* de Ziegler (que comienza con *Col.* su análisis de los escritos antiepicúreos de Plutarco y considera explícitamente *Suav. viv. Epic.* continuación de éste)⁴⁷, y, en segundo lugar, recordamos que es deber de todo filólogo acercarse lo más posible y restaurar de la manera más fidedigna los textos originales, y eso incluye también restablecer el orden que refleje la secuencia temporal en que esos textos fueron escritos.

3. Ediciones y traducciones

Para la presente traducción de los tratados antiepicúreos de Plutarco hemos seguido la edición de B. Einarson-Ph. H. de Lacy, *Plutarch's Moralia*, vol. XIV (Loeb Classical Library, 428), Cambridge, Mass.-Londres, 1967, aunque co-

⁴⁵ P. GASSENDI, *Animadversiones in decimum librum Diogenis Laertii, qui est de vita moribus placitisque Epicuri*, Lyon, 1649, pág. 116.

⁴⁶ *Œuvres morales de Plutarque*, 17 vols., París, 1783.

⁴⁷ ZIEGLER, *op. cit.*, págs. 155-161 («[*Suav. viv. Epic.*] puede considerarse continuación del *adv. Col.*»: pág. 157).

tejiéndola en todo momento con la de M. Pohlenz-R. Westman, *Plutarchi Moralia*, vol. VI, fasc. 2 (Bibliotheca Teubneriana), Leipzig, 1959². No obstante, en algunos pasajes discrepamos de la lectura de los primeros y preferimos la de los segundos o bien la de otros autores: a este respecto, remitimos al lector, además de a las notas textuales en cada una de las introducciones particulares a los tratados que componen este volumen, a las notas que en esos pasajes explican nuestra discrepancia y sus razones. Fuera de estas dos, no existe, por ahora, ninguna otra edición completa de los tratados antepicúreos de Plutarco. A la espera de que aparezca el volumen correspondiente en la colección Budé (que, al parecer, aún no está asignado a ningún investigador), en el *Corpus Plutarchi Moraliū*, que vienen publicando conjuntamente la Universidad de Salerno y el Istituto Universitario Orientale de Nápoles, ha aparecido recientemente la edición del *De latenter vivendo* a cargo de I. Gallo (*Plutarco. Se sia ben detto vivi nascosto*, Nápoles, 2000), y están en preparación las del *Contra Colotem* y *Non posse suaviter vivi secundum Epicurum*, a cargo, respectivamente, de M. Bonazzi y A. Casanova.

De las obras plutarqueas que componen el presente volumen sólo conocemos dos comentarios modernos, ambos del mismo tratado: son los de K.-D. Zacher, *Plutarchs Kritik an der Lustlehre Epikurs. Ein Kommentar zu Non posse suaviter vivi secundum Epicurum: Kap. 1-8* (Beiträge zur klassischen Philologie, 124), Königstein, 1982⁴⁸, y F. Albin, *Plutarco. Non posse suaviter vivi secundum Epicurum*:

⁴⁸ Estamos aún a la espera de que se publique la segunda parte de este comentario, cuya preparación se anunció ya en la revista *Ploutarchos* 2.2 (1986).

Introd., trad. e commento, Génova, 1993. Aunque no se trate de comentarios filológicos propiamente dichos, hay que citar aquí también los exhaustivos estudios de H. Adam, *Plutarchs Schrift Non posse suaviter vivi secundum Epicurum* (Studien zur antiken Philosophie, 4), Amsterdam, 1974, y R. Westman, *Plutarch gegen Kolotes. Seine Schrift «Adversus Colotem» als philosophiegeschichtliche Quelle* (Acta Philosophica Fennica, 7), Helsinki, 1955.

En cuanto a traducciones, hemos manejado especialmente la inglesa que acompaña a la citada edición de la Loeb Classical Library; para traducciones anteriores remitimos a las listas que cierran las introducciones a cada uno de los tratados antiepicúreos en esa edición (unas listas bastante completas pero en las que habría que incluir, al menos, la traducción francesa de Jacques Amyot, *Les Œuvres morales et meslees de Plutarque*, París, 1587, tomo I, págs. 277-290 [XLI. *Que l'on ne sçauroit viure ioyeusement selon Epicurus*] y 291-292 [XLII. *Si ce mot commun est bien dit, Cache ta vie*]; tomo II, págs. 588-598 [LXIX. *Contre l'Epicurien Colotes*]). Con posterioridad a la traducción inglesa de Einarson-De Lacy han aparecido, que sepamos, dos traducciones completas de los tratados antiepicúreos: una al francés, editada, junto con los tratados antiestoicos, por Jean Salem (*Plutarque. Du stoïcisme et de l'épicurisme*, París, 1996; pero la autoría de Salem se limita a la introducción y a unas breves notas, pues se trata en realidad de la ya citada traducción del abate Ricard), y otra al griego moderno, dentro de la traducción de los *Ἠθικά* de Plutarco publicada por la editorial Kaktos al cuidado de B. Mandilarás (*Ἠθικά* 28. *Περὶ τῶν κοινῶν ἐννοιῶν πρὸς τοὺς Στωικοὺς, Ὅτι οὐδὲ ἡδέως ζῆν ἐστὶν κατ' Ἐπίκορον*, y *Ἠθικά* 29. *Πρὸς Κωλώτην, Εἰ καλῶς εἶρηται τὸ λάθε βιώσας, Περὶ μου*

σικής, Atenas, 1997)⁴⁹. De tratados sueltos han aparecido también varias traducciones. Del *Non posse suaviter vivi secundum Epicurum* hay ahora tres traducciones italianas: la de A. Barigazzi, *Plutarco. Contro Epicuro*, Florencia, 1978, certeramente anotada y con una buena introducción; la que acompaña al citado comentario de Albin, que también hemos tenido siempre a la vista tanto para la traducción como para las notas a este tratado; y la de F. Sircana, *Plutarco. Non è possibile vivere felici seguendo Epicuro*, Como-Pavía, 1997, correcta pero con introducción breve —y algo desenfocada— y notas mínimas. Del *De latenter vivendo* existen también de tres traducciones recientes: una inglesa a cargo de D. A. Russell, incluida en su libro *Plutarch: Selected Essays and Dialogues*, Oxford, 1993, págs. 120-124; otra italiana, que acompaña a la citada edición de Gallo; y una tercera alemana a cargo de U. Berner- R. Feldmeier-B. Heininger-R. Hirsch-Luipold, *Plutarch. Ist «Lebe im Verborgenen» eine gute Lebensregel?*, Darmstadt, 2000, bilingüe y anotada, con amplias introducciones sobre el autor y la obra e interesantes ensayos interpretativos que facilitan la comprensión del tratado. Del *Contra Colotem*, en cambio, sólo conocemos la existencia (aunque no hemos podido consultarla) de la memoria de licenciatura inédita de D. Babut, redactada en 1951 y titulada «Le Contre Colotès de Plutarque. Traduction et commentaire», que R. Flacelière

⁴⁹ Para el año 2005 está prevista la aparición, en la «Bibliothèque de la Pléiade» del editor GALLIMARD, de un volumen consagrado a los *Épicuriens* en el que el profesor J. BOULOGNE, de la Universidad de Lille, ofrecerá su traducción de los textos antiepicúreos de Plutarco: *vid. Ploutarchos* 15.2 (1999). De reciente aparición es su libro *Plutarque dans le miroir d'Épicure* (Lille, 2003), que, aunque todavía no ha podido ser leído por el traductor del presente volumen, al menos queda incluido en la bibliografía.

reconoce haber usado con profusión en su artículo sobre «Plutarque et l'épicurisme» citado más adelante. Por lo que respecta, en fin, a traducciones castellanas, sólo tenemos noticia de una del tratado *De latenter vivendo*, debida a Diego Gracián y publicada en Salamanca en 1571 (*Morales de Plutarco*, fo. 238v-240: *Apologia contra Epicuro Philosopho porque dixo esta razon. Lathe biosas, a saber. Vive de tal manera, que ninguno te sienta aver vivido*)⁵⁰.

⁵⁰ Cf. J. BERGUA CAVERO, *Estudios sobre la tradición de Plutarco en España (siglos XIII-XVII)*, Zaragoza, 1995, págs. 162 s., y referencia completa en pág. 272.

BIBLIOGRAFÍA

En cuanto a bibliografía secundaria, en el siguiente listado se recogen sólo aquellos trabajos que tratan específicamente sobre los tratados antiepicúreos de Plutarco o que estudian la relación entre éste y la doctrina epicúrea, tanto en general como sobre algún aspecto concreto. Por su relación directa con este tema, se incluyen también algunas referencias a la situación del epicureísmo en la época de Plutarco y su relación con otras escuelas, y particularmente a la figura del epicúreo Colotes. No es éste, sin embargo, el lugar adecuado para referirse con mayor detalle a la, por lo demás, extensísima bibliografía sobre Epicuro y su escuela¹; nos limitaremos, pues, a señalar aquí: a) algunos estudios generales recientes, como los artículos de M. ERLER, «Epikur» y «Die Schule Epikurs», en H. FLASHAR (ed.), *Grundriss der Geschichte der Philosophie. Die Philosophie der Antike, 4: Die hellenistische Philosophie*, Basilea, 1994, págs. 29-202 y 203-380 (sobre Colotes: 235-240), respectivamente, y el de R. GOULET, «Épicure de Samos», en el *Dictionnaire des philosophes antiques*, vol. III, París, 2000, págs. 154-

¹ Cf., al respecto, la puesta al día bibliográfica, con amplios comentarios, que constituye la parte segunda del volumen colectivo *Syzetesis. Studi sull'epicureismo greco e romano offerti a Marcello Gigante*, Nápoles, 1986, que puede completarse ahora acudiendo a los tres volúmenes de *Epicureismo greco e romano. Atti del Congresso Internazionale (Napoli, 19-26 maggio 1993)*, Nápoles, 1996.

181 (aunque el libro de C. GARCÍA GUAL, *Epicuro*, Madrid, 1981, sigue siendo de recomendable lectura); b) la edición al uso: G. ARRIGHETTI, *Epicuro. Opere*, Turín, 1973, si bien conviene manejarla conjuntamente con la venerable edición de H. USENER, *Epicurea*, Leipzig, 1887, todavía bastante útil; y c) la única traducción más o menos completa: la italiana de M. ISNARDI PARENTE, *Epicuro. Opere*, Turín, 1983².

- F. ALBINI, «Osservazioni sul *Non posse suaviter vivi secundum Epicurum*», en G. D'IPPOLITO, I. GALLO (dir.), *Strutture formali dei «Moralia» di Plutarco. Atti del III Convegno plutarco (Palermo, 3-5 maggio 1989)*, Nápoles, 1991, págs. 65-69.
- L. ALFINITO, «Sull'epicureismo di Cassio in Plutarco, *Vita di Bruto*, 37», *Vichiana* 3 (1992), 227-236.
- H. VON ARNIM, «Kolotes», *RE* XI 1 (1921), 1120-1122.
- G. ARRIGHETTI, «Un passo dell'opera *Sulla natura* di Epicuro, Democrito e Colote», *Cronache Ercolanesi* IX (1979), 5-10.
- A. BARIGAZZI, «Note al *Non posse suaviter vivi secundum Epicurum* di Plutarco», *Prometheus* 3 (1977), 255-266, y 4 (1978), 139-154.
- , «Plutarco e il dialogo 'drammatico'», *Prometheus* 14 (1988), 141-163.
- , «L'amore: Plutarco contro Epicuro», en I. GALLO (dir.), *Aspetti dello Stoicismo e dell'Epicureismo in Plutarco* (= *Quaderni del Giornale Filologico Ferrarese*, 9), Ferrara, 1988, págs. 89-108.
- , «Una declamazione di Plutarco contro Epicuro: il *De latenter vivendo*», *Prometheus* 16 (1990), 45-64 (reimpr., en versión revisada y corregida, en su libro *Studi su Plutarco*, Florencia, 1994, págs. 115-140).
- U. BERNER, «Plutarch und Epikur», en U. BERNER-R. FELDMEIER-B. HEININGER-R. HIRSCH-LUTPOLD, *Plutarch. Ist «Lebe im Verborgenen» eine gute Lebensregel?*, Darmstadt, 2000, págs. 117-139.

² Existe una útil versión, también italiana, de los *Epicurea* de USENER, realizada por L. MASSA POSITANO y publicada en Padua en 1969.

- E. BIGNONE, «Studi plutarchei», *Rivista di Filologia ed Istruzione Classica* 14 (1916), 257-283.
- , *L'Aristotele perduto e la formazione filosofica di Epicuro*, 2 vols., Florencia, 1936 (2.^a ed., 1973).
- J. BOULOGNE, *Plutarque et l'épicurisme*, tesis doctoral (Universidad de París IV), París, 1986.
- , *Plutarque dans le miroir d'Épicure*, Lille, 2003.
- F. E. BRENN, «Cassius' «Epicurean» Explanation of Brutus' Vision in Plutarch's *Brutus*», en I. GALLO (dir.), *Aspetti dello Stoicismo e dell'Epicureismo in Plutarco* (= *Quaderni del Giornale Filologico Ferrarese*, 9), Ferrara, 1988, págs. 109-118.
- A. CARLINI, «Appunti di lettura», *Maia* 21 (1969), 273-279.
- A. CONCOLINO MANCINI, «Sulle opere polemiche di Colote», *Cronache Ercolanesi* 6 (1976), 61-67.
- P. COSENZA, «Plutarco e la ragion di Stato. Osservazioni su alcuni particolari dei *Praecepta gerendae reipublicae* e del *Non posse suaviter vivi secundum Epicurum* di Plutarco», *Archivio della Ragion di Stato* 6 (1998), 125-128.
- W. CRÖNERT, *Kolotes und Menedemos*, Leipzig, 1906 (reimpr. Ámsterdam, 1965).
- P. DE LACY, «Colotes' First Criticism of Democritus», en J. MAU & E. G. SCHMIDT (eds.), *Isonomia*, Berlín, 1964, págs. 67-77.
- T. DORANDI, «Gli scritti antiepicurei di Plutarco», en *Syzetesis. Studi sull'epicureismo greco e romano offerti a M. Gigante*, Nápoles, 1983, págs. 679-682.
- , «Colotès de Lampsaque», en R. GOULET (dir.), *Dictionnaire des philosophes antiques*, vol. II, París, 1994, págs. 448-450.
- M. ERLER, «Kolotes [2]», en *Der Neue Pauly*, Bd. VI (1999), cols. 671 s.
- J. FERGUSON, «Epicureanism under the Roman Empire», *ANRW* II 36.4 (1990), 2257-2327.
- F. FERRARI, «La falsità delle asserzioni relative al futuro: un argomento epicureo contro la mantica in Plut. *Pyth. orac.* 10», en M. ERLER (ed.) *Epikureismus in der späten Republik und der Kaiserzeit*, Stuttgart, 2000, págs. 149-163.

- R. FLACELIÈRE, «Plutarque et l'épicurisme», en *Epicurea in memoriam Hectoris Bignone*, Génova, 1959, págs. 197-215.
- P. FRASSINETTI, «Altre note al *Non posse suaviter vivi sec. Epic.* di Plutarco», en R. GENDRE (ed.), *Lathe biosas: ricordando Ennio S. Burioni*, Alessandria, 1998, págs. 129-134.
- I. GALLO, «La polemica antiepicurea nel *De latenter vivendo* di Plutarco: osservazioni e note esegetiche», en *Epicureismo greco e romano. Atti del Congresso Internazionale (Napoli-Anacapri, 19-26 maggio 1993)*, Nápoles, 1996, vol. II, págs. 929-937.
- , «Plutarco contro Epicuro: l'«anima luce» nel *De latenter vivendo*», en *Ὅδοι Διζήσιος. Le vie della ricerca. Studi in onore di Francesco Adorno*, Florencia, 1996, págs. 215-220.
- G. GIANGRANDE, «On the Text of Plutarch's *Non posse suaviter vivi secundum Epicurum*», en I. GALLO (dir.), *Contributi di filologia greca*, Nápoles, 1990, págs. 61-90.
- M. GIGANTE, *Scetticismo e epicureismo. Per l'avviamento di un discorso storiografico*, Nápoles, 1981.
- , *Cinismo e epicureismo*, Nápoles, 1992.
- , *Kepos e Peripatos*, Nápoles, 1999.
- S. GONZÁLEZ ESCUDERO, «Εὐδαιμονία divina en el *Colotes* de Plutarco», en M. GARCÍA VALDÉS (ed.), *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas*, Madrid, 1994, págs. 123-130.
- J. P. HERSHBELL, «Plutarch and Epicureanism», *ANRW* II 36.5 (1992), 3353-3383.
- G. INDELLI, «Colote di Lampsaco, il bersaglio polemico di Plutarco, e Polistrato, il terzo capo del Giardino», *Cronache Ercolanesi* 30 (2000), 45-52.
- A. M. IOPPOLO, «Su alcune recenti interpretazioni dell scetticismo dell'Accademia. Plutarch. *Adv. Col.* 26, 1121 F-1122 F: una testimonianza su Arcesilao», *Elenchos* 21 (2000), 333-360.
- M. ISNARDI PARENTE, «Plutarco contro Colote», en I. GALLO (dir.), *Aspetti dello Stoicismo e dell'Epicureismo in Plutarco* (= *Quaderni del Giornale Filologico Ferrarese*, 9), Ferrara, 1988, págs. 65-88.
- G. M. LATTANZI, «La composizione del *De latenter vivendo* di Plutarco», *Rivista di Filologia ed Istruzione Classica* 60 (1932), 332-337.

- J. F. MARTOS MONTIEL, *El tema del placer en la obra de Plutarco*, Zaragoza, 1999, págs. 114-131.
- J. G. MONTES CALA, «Εὐφροσύνη convivial en Plutarco», en J. G. MONTES-M. SÁNCHEZ-R. J. GALLÉ (eds.), *Plutarco, Dioniso y el vino. Actas del VI Simposio Español sobre Plutarco (Cádiz, 14-16 de mayo de 1998)*, Madrid, 1999, págs. 3-28.
- R. PIETTRE, «La proscynèse de Colotès: une lecture de Plutarque, *Moralia* 1117b-f», en *Lalies: actes des sessions de linguistique et de littérature. 18 (Aussois, 25-30 août 1997)*, Paris, 1998, págs. 185-202.
- D. N. SEDLEY, «Colotes», en D. J. ZEYL (ed.), *Encyclopedia of Classical Philosophy*, Londres-Chicago, 1997, págs. 148 s.
- O. SHEL, «Zu Plutarchs Schrift *De latenter vivendo* (Plut., *Mor.* 75, 1128 a - 1130 c, VI 479 Bernard.)», en *Antidosis. Festschrift für W. Kraus zum 70. Geburtstag*, ed. por R. HANSLIK, A. LESKY & H. SCHWABL, Viena-Colonia-Graz, 1972, págs. 357-380.
- P. A. VANDER WAERT, «Colotes and the Epicurean Refutation of Skepticism», *Greek, Roman & Byzantine Studies*, 30 (1989) 225-267.
- J. I. WARREN, «Socratic scepticism in Plutarch's *Adversus Colotem*», *Elenchos* 23 (2002) 333-356.
- R. WESTMAN, «Kritisches zu Plutarch *Moralia* 1033 A-1130 E», *Acta Academiae Aboensis* 24 (1959), 1-15.
- K. ZIEGLER, *Plutarco*, ed. italiana, trad. por M.^a Rosa Zancan Rinaldini, del libro *Plutarchos von Chaironeia* (Stuttgart, 1949 [= PAULY-WISSOVA, *RE*, XXI, 1951, cols. 635-962]), Brescia, 1965, págs. 155-161.

DE SI ESTÁ BIEN DICHO LO DE
«VIVE OCULTAMENTE»

INTRODUCCIÓN

El presente opúsculo de Plutarco se titula en griego *Ei kalôs eîrētai tò látthe biōsas* (traducido al latín como *An recte dictum sit latenter esse vivendum*), y así viene recogido en todos los códices que lo transmiten, lo que hace suponer que el título remonta al propio autor; el *Catálogo de Lamprias* lo recoge con el número 178 y el título abreviado *Perì tò látthe biōsas*, con cuya traducción latina, *De latenter vivendo* (*Lat. viv.*), se le suele llamar. La forma de pregunta del título original apoya la consideración de este opúsculo como un ejercicio retórico, según veremos luego, pues una forma similar (es decir, una interrogación simple introducida por la conjunción *ei*, como en este caso, o bien una interrogación doble o disyuntiva, en otros) se encuentra en el título de otras declamaciones, tanto de Plutarco como de otros autores¹.

La sentencia epicúrea *látthe biōsas*, «vive oculto» o, traducida más propiamente, «pasa desapercibido mientras vi-

¹ Cf. I. GALLO, *Plutarco. Se sia ben detto 'vivi nascosto'*, Nápoles, 2000, pág. 12.

vas»², no se encuentra explícita en ninguno de los escritos y fragmentos de Epicuro que se nos han conservado, pero sin duda debía aparecer en otras obras del filósofo perdidas hoy para nosotros, pues ecos de esta máxima se perciben en diversos textos epicúreos posteriores al fundador³, y son bastantes los textos de otros autores que han preservado huellas de ella⁴. Todavía en el año 361 d. C., una carta del emperador Juliano menciona (para refutarlo después) «ese sabio precepto del hijo de Neocles [i. e., Epicuro] que ordena pasar desapercibido»⁵. El propio Plutarco, en su obra *Cómo debe el joven escuchar la poesía*, menciona, junto a otros importantes preceptos de la doctrina de Epicuro, el de que «la felicidad y la dicha no las dan la abundancia de riquezas, ni el esplendor de las acciones, ni determinados cargos o poderes, sino la ausencia de sufrimiento y la quietud de las pasiones y una disposición del alma que ponga sus límites en aquello que es natural»⁶. La máxima epicúrea *lâthe biôsas* era sin duda una expresión de ese rechazo del deseo de preeminencia, y ha de ponerse en relación con la conocida exhortación epicúrea a apartarse de la política (*mê politeúesthai*) y no depender de la estimación de los demás, en su intento de conseguir en todos los aspectos, y por tanto también en el plano económico y político, aquel ideal de la autosuficiencia (*autárkeia*) que les permitiera llevar una

² Cf. EPICURO, frag. 551 USENER. La traducción es de C. GARCÍA GUAL, *Epicuro*, Madrid, 1981, pág. 193.

³ Por ejemplo en LUCRECIO, II 1-14 y III 59-73; DIÓGENES DE ENOANDA, frag. 24, col. II 3-III 1 GRILLI; *Gnom. Vat.* 67 y 81 (cf. EPICURO, *Máx. Capit.* 7); etc.

⁴ Cf., entre otros, FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* VIII 28; HORACIO, *Epíst.* I 17, 10 y 18, 102-103; OVIDIO, *Tristes* III 4, 25; TEMISTIO, *Discursos* 26, 324a HARDOUIN.

⁵ JULIANO, *Carta a Temistio* 2, 255b-c.

⁶ PLUTARCO, *Aud. poet.* 14 (37A).

existencia retirada de la vida pública como la que había vivido el propio Epicuro en compañía de sus discípulos y amigos⁷.

Las importantes implicaciones de esta máxima, con su consideración de que el orden social no es garantía de la felicidad y el consiguiente rechazo de la política como fuente de turbación para el sabio, afectan incluso al concepto mismo de virtud (*areté*), que en Grecia era tradicionalmente competitivo, agonal, y se medía por el aplauso y la consideración pública. Sin embargo, en *Lat. viv.* no tenemos una crítica filosófica *sensu stricto* de este aspecto central del pensamiento ético epicúreo (que sí encontramos en cambio, con mayor o menor profundidad, en diversos lugares de *Col.* y de *Suav. viv. Epic.*)⁸. En efecto, la tesis que Plutarco pretende demostrar es que el precepto epicúreo es erróneo, incluso perverso (*ponērós*), porque no hay que vivir oculto, sino darse a conocer, pero, llevado probablemente por la naturaleza retórica del opúsculo, utiliza básicamente argumentos externos, no propiamente filosóficos⁹, en su crítica y se limita a condenar “la elección epicúrea del *latere* como contraposición de tinieblas a luz, de muerte a vida, como «una muerte en vida»”¹⁰.

⁷ Cf. GARCÍA GUAL, *Epicuro*, págs. 191 ss.

⁸ Cf. *Col.* 30-34 (1124D-1127E); *Suav. viv. Epic.* 15-19 (1097A-1100D).

⁹ Cf. D. A. RUSSELL, *Plutarch: Selected Essays and Dialogues*, Oxford, 1993, pág. 120, quien considera la obra «más un ejercicio retórico que una argumentación seria».

¹⁰ GALLO, ‘*vivi nascosto*’, pág. 9. Sobre la contraposición luz-alma-vida/oscuridad-cuerpo-muerte, vid. I. GALLO, «Plutarco contro Epicuro: l’*anima luce* nel *De latenter vivendo*», en ‘*Oἱ Διζήσιος. Le vie della ricerca. Studi in onore di Francesco Adorno*’, Florencia, 1996, págs. 215-220, y R. HIRSCH-LUIPOLD, «Gedeihen im Licht-Verderben im Dunkel», en U. BERNER-R. FELDMEIER-B. HEININGER-R. HIRSCH-LUI-

Y es que, como decíamos en la introducción general que abre este volumen, tradicionalmente se ha solido cometer el error de poner en relación estrecha los tres escritos antiepicúreos de Plutarco que se nos han conservado, en la idea de que constituían una especie de trilogía ideal. Esto, obviamente, ha condicionado la interpretación y valoración, así como la datación, de *Lat. viv.*, pues, mientras que *Col.* y *Suav. viv. Epic.* se presentan literariamente en forma de diálogos (aunque en realidad se alejan poco de los tratados filosóficos propiamente dichos de Plutarco) y tratan de refutar la doctrina epicúrea, digamos, desde dentro, con una argumentación lógica que podrá ser más o menos adecuada y convincente pero que, en todo caso, es la esperable en obras de crítica filosófica como son éstas, en cambio *Lat. viv.* es, tanto por forma como por contenido, una declamación retórico-epidíctica¹¹, «y no afronta el valor y significado efectivo de la máxima epicúrea *lathe biosas*, con todas sus implicaciones filosóficas, políticas y sociales, sino que se limita a

POLD, *Plutarch. Ist «Lebe im Verborgenen» eine gute Lebensregel?*, Darmstadt, 2000, págs. 99-116.

¹¹ No se trata, por tanto, de una diatriba, como lo calificó G. M. LATTANZI, «La composizione del *De latenter vivendo* di Plutarco», *Rivista di Filologia ed Istruzione Classica*, 60 (1932) 332-337, en pág. 333, ni de un panfleto, como pretendía O. SEEL, «Zu Plutarchs Schrift *De latenter vivendo*», en R. HANSLIK-A. LESKY-H. SCHWABL (eds.), *Antidosis. Festschrift für W. Kraus zum 70. Geburtstag*, Viena, 1972, págs. 357-380, en pág. 372, ni debe incluirse entre los «escritos científicos de filosofía», como hizo erróneamente K. ZIEGLER, *Plutarco*, Brescia, 1965, págs. 160 s. El carácter netamente retórico de *Lat. viv.*, así como lo elaborado de su estilo y composición, fue puesto de relieve por A. BARIGAZZI, «Una declamazione di Plutarco contro Epicuro: il *De latenter vivendo*», *Prometheus*, 16 (1990) 45-64. Sobre las declamaciones retórico-epidícticas en Plutarco, *vid.* I. GALLO, «Forma letteraria nei 'Moralia' di Plutarco: aspetti e problemi», *ANRW II* 34.4 (1998), 3511-3540, en págs. 3525 s. y 3534 ss.

refutar su significado literal con una serie de argumentos más o menos extrínsecos»¹².

No hay datos seguros sobre fecha de composición del opúsculo. La opinión tradicional, sostenida por autores como Hirzel o Lattanzi¹³, según la cual el *Lat. viv.* sería posterior a los otros dos escritos antiepicúreos de Plutarco, de los que constituiría una especie de apéndice o corolario, fue rechazada justamente por Pohlenz y por Ziegler¹⁴, quienes lo situaban antes que *Col.* y *Suav. viv. Epic.*, aunque sin mayor especificación; los editores Einarson-De Lacy no se pronunciaron sobre la cuestión¹⁵, mientras que Barigazzi lo atribuyó, basándose sobre todo en el «vistoso carácter retórico» del escrito, a los años juveniles de Plutarco, «cuando el autor iniciaba su actividad literaria y daba mucha importancia a la retórica»¹⁶. En las últimas ediciones del opúsculo, Heininger-Feldmeier se muestran también partidarios de una datación temprana¹⁷, en cambio Gallo prefiere ser más cauto, «porque Plutarco siempre le dio importancia a la retórica», y, antes que considerar casi de manera mecánica las declamaciones retóricas de Plutarco como «ejercicios de juventud», es partidario de escalonarlas «en un arco de tiempo bastante más amplio, aunque difícil de precisar, poniéndolas en relación con su progresiva maduración filosófica, y cultural en general, y en consecuencia con el progresivo aleja-

¹² GALLO, 'vivi nascosto', págs. 8-9.

¹³ R. HIRZEL, *Der Dialog. Ein literarhistorischer Versuch*, Leipzig, 1895, vol. II, págs. 219 s.; LATTANZI, *op. cit.*, pág. 337.

¹⁴ M. POHLENZ, *Plutarchi Moralia*, vol. VI 2, Leipzig, 1952, pág. 123; ZIEGLER, *op. cit.*, pág. 160.

¹⁵ B. EINARSON-PH. H. DE LACY, *Plutarch's Moralia*, vol. XIV, Cambridge, Mass.-Londres, 1967, pág. 319.

¹⁶ BARIGAZZI, *op. cit.*, págs. 46 s.

¹⁷ En BERNER-FELDMIEIER-HEININGER-HIRSCH-LUTPOLD, *op. cit.*, pág. 40.

miento de una pura retórica de escuela»¹⁸; por lo que respecta en particular a *Lat. viv.*, Gallo considera que «presupone en el escritor, sobre todo en los capítulos finales, no sólo un conocimiento nada superficial de Epicuro y de la doctrina epicúrea contra la que polemiza, además del de la filosofía platónica y aristotélico-peripatética en la que se formó, sino también una riqueza y complejidad de nociones e ideas de diversa proveniencia, difíciles de atribuir todas al período juvenil de su vida», y lo atribuye a «una fase madura de su producción, fuertemente influida por una filosofía profundamente asimilada y compartida y por un fuerte sentimiento religioso»¹⁹. *Lat. viv.*, pues, habría sido compuesto por Plutarco en su etapa de madurez, probablemente antes que los otros dos escritos antiepicúreos conservados (datos, como sabemos, en 98-99 d. C.), aunque no se puede negar tajantemente que fuera después; en todo caso, no hay una relación directa entre la redacción de *Col.* y *Suav. viv. Epic.*, por un lado, y la de *Lat. viv.*, por otro, ni éste presupone la previa composición de aquéllos²⁰.

Para Ziegler, el abrupto comienzo del opúsculo y la presencia en él de «un número desproporcionadamente elevado de hiatos ilícitos» eran indicios de que se trataba de un «esbozo incompleto»²¹, mientras que, para Pohlenz, diversos defectos de estructura de la obra revelaban la falta de una redacción definitiva, por lo que la incluía entre los escritos plutarqueos publicados póstumamente²². Pero esto último es

¹⁸ GALLO, 'vivi nascosto', pág. 9.

¹⁹ GALLO, 'vivi nascosto', págs. 9 y 19.

²⁰ Como quería LATTANZI, *op. cit.*, cuyos argumentos a este respecto fueron justamente refutados por BARIGAZZI, *op. cit.*, pág. 46.

²¹ ZIEGLER, *op. cit.*, pág. 160.

²² POHLENZ, prefacio a *Plutarchi Moralia*, vol. I, Leipzig, 1974 (= 1925), pág. VII; vol. III, Leipzig, 1972 (= 1929), pág. XVII.

indemostrable, como apunta Gallo, y en cuanto a la presencia del hiato y a otros supuestos defectos de forma y contenido del opúsculo, probablemente deban explicarse en general, según este autor, por el carácter de *Unterhaltungsliteratur* de buena parte de los *Moralia*, como han puesto de relieve las investigaciones más recientes sobre la lengua y el estilo de Plutarco y de la *koiné* literaria de su tiempo, claramente orientadas en sentido antinormativo²³. Por lo que respecta al brusco *incipit* que, para algunos autores, sería indicativo de una laguna inicial, se trataría más bien, según Gallo, de «un hallazgo retóricamente eficaz, en perfecta sintonía con el carácter de viva polémica del escrito, que es un ataque desdeñoso y burlón contra Epicuro más que una refutación meditada y razonada de su doctrina específica». Para Gallo no se puede hablar de laguna inicial ni de esbozo incompleto. Al contrario, el brusco comienzo sería «un período sabiamente estructurado, que deforma, con buena o quizá mala fe, un principio básico de la doctrina de Epicuro, subrayando la pretendida hipocresía del filósofo: la exhortación a *latheîn* dirigida a los demás, discípulos y lectores, contemplaría en general un personal *me latheîn*; la invitación a la *adoxía* ajena procuraría una innmerceda *dóxa* al proponente»²⁴.

La estructura de *Lat. viv.* es clara y equilibrada, y en sólo siete capítulos, con un tono que va pasando gradual-

²³ GALLO, 'vivi nascosto', págs. 10-11; sobre la lengua y el estilo de Plutarco pueden verse los trabajos de G. GIANGRANDE, «La lingua dei *Moralia* di Plutarco: normativismo e questioni di metodo», en I. GALLO-R. LAURENTI (eds.), *I Moralia di Plutarco tra filologia e filosofia*, Nápoles, 1992, págs. 29-46; I. GALLO, «Ecdotica e critica testuale nei *Moralia* di Plutarco», en ID. (ed.), *Ricerche plutarchee*, Nápoles, 1992, págs. 11-37; J. A. FERNÁNDEZ DELGADO, «El estilo de Plutarco», *Estudios Clásicos*, 102 (1992), 31-63; L. TORRACA, «Problemi di lingua e stile nei *Moralia* di Plutarco», *ANRW* II 34.4 (1998), 3487-3510.

²⁴ GALLO, 'vivi nascosto', pág. 13.

mente desde la ironía y la abierta burla de los capítulos iniciales, acentuada por un ritmo entrecortado e insistente de frases breves, hasta la gravedad y profunda solemnidad del capítulo final, desarrolla una serie de cuatro argumentos con los que ataca la máxima epicúrea *lát'he biósas* desde diversos flancos, según puso de manifiesto Barigazzi y corrobora Gallo²⁵. Tras el capítulo inicial, en que se tacha a Epicuro de hipócrita y deshonesto por estar movido precisamente por el deseo de fama que pretende desterrar, el primer argumento sostiene la necesidad de darse a conocer, tanto desde un punto de vista práctico, pues si somos virtuosos podremos servir de ejemplo a los demás, y si somos malvados y viciosos podremos corregirnos, como desde un punto de vista teórico, porque el fin de la existencia no es, como predicaban los epicúreos, el placer corporal, cuyo disfrute requiere a menudo el favor de la oscuridad y la ocultación, sino el bien del prójimo, en todos los terrenos, desde el cultural hasta el político y el social, y sólo la notoriedad nos permite ser útiles para nuestros semejantes (caps. 2-4). El segundo argumento toca los diferentes efectos que luz y tiniebla producen en los seres humanos: la noche embota sus cuerpos y sus mentes, mientras que la luz del día estimula sus acciones y sus pensamientos (cap. 5). El tercer argumento afirma que

²⁵ BARIGAZZI, *op. cit.*, págs. 47 s.; GALLO, '*vivi nascosto*', págs. 11 s. En su introducción a este opúsculo, HEININGER-FELDMEIER (en BERNER-FELDMEIER-HEININGER-HIRSCH-LUIPOLD, *op. cit.*, pág. 37) ven en la obra la siguiente estructura tripartita: I. Refutación: «Vive oculto» es una pésima máxima (1-3, 1128B-1129A); II. Antítesis: El valor de la notoriedad (4, 1129A-D); III. Prueba: La naturaleza humana (5-7, 1129D-1130E). Pero, aunque a grandes rasgos esta disposición del material pueda parecer en principio aceptable, pues subraya el carácter de declamación retórica del opúsculo y revela su cuidada elaboración, creo sin embargo que, en el detalle, estos autores fuerzan un tanto el contenido para hacerlo encajar en un esquema previamente concebido.

el hombre, por su propia naturaleza, busca la luz, que es la esencia del alma, y en consecuencia desea conocer y ser conocido y odia la oscuridad y la ignorancia (cap. 6). El cuarto y último argumento se refiere al destino del hombre tras la vida terrena, ejemplificado con fragmentos de un treno de Píndaro: los buenos, que ganaron fama por sus actos virtuosos, serán recordados tras su muerte y vivirán en la luz de una existencia dichosa, mientras que los malos, que optaron por la inacción y el ocultamiento, se sumirán en el abismo sin fondo del olvido y la completa oscuridad (cap. 7).

NOTA TEXTUAL

	EINARSON-DE LACY	LECTURA ADOPTADA
1128C	λαθεῖν ἐβούλετο τοὺς ὄντας	λαθεῖν ἐβούλετο; (ἢ λαθεῖν ἐβούλετο) τοὺς ὄντας (POHLENZ)
1128D	ἀγνοούμενος τοῖς πάθεσιν	ἀγνοούμενος σὺν τοῖς πάθεσιν (GALLO <i>ex y</i>)
1128E	παρεῖχον	προσεῖχον (GA. <i>ex codd.</i>)
1129C	ὥς γὰρ οἶμαι	ὥσπερ δὲ οἶμαι (GA. <i>ex codd.</i>)
1130C	τοῦ εἶναί φασιν (φύσιν <i>codd.</i>)	τοῦ εἶναι φύσιν <...> (GA.)
1130C	ἀκάρπων μὲν ἀνθρώπων <δὲ> (ἀνδῆρων <i>codd.</i>)	εὐκάρπων μὲν ἀνδῆρων (GA.)
1130C	ἄκλαυστοι	ἄκλυστοι (POH.)

DE SI ESTÁ BIEN DICHO LO DE «VIVE OCULTAMENTE»

1. La verdad es que ni siquiera el que dijo eso¹ quería 1128A
vivir oculto, pues lo dijo precisamente para no pasar inad-
vertido, en el convencimiento de haber discurrido un extra- B
ordinario plan para procurarse injusta fama mediante la ex-
hortación al anonimato.

Odio al sapiente que no es sabio para sí².

¹ Es decir, Epicuro, a quien sólo se nombra una vez en todo este opúsculo (al comienzo del cap. 3 [1128F]). Sobre el brusco inicio de la obra, vid. I. GALLO, *Plutarco. Se sia ben detto 'vivi nascosto'*, Nápoles, 2000, pág. 13, y lo dicho en nuestra introducción. Respecto a la máxima *lâthe biôsas* (en la que, como subraya F. PORTALUPI, *Plutarco. De latenter vivendo*, Turín, 1961, pág. 10, n. 1, y habrá ocasión de ir viendo, está implícito el doble significado de «vive oculto» y de «vive ignorado»), que resume la conocida doctrina epicúrea del rechazo a participar en la vida pública (*mê politeúesthai*), cf. EPICURO, frags. 7-10 y 551-560 Us., así como la nota de ARRIGHETTI a EPIC., *Sent. Vat.* 58 (págs. 566 s.); sobre sus implicaciones políticas y sociales y sus ecos en la literatura latina, vid. R. DEGLI INNOCENTI PIERINI, «*Vivi nascosto*: riflesso di un tema epicureo in Orazio, Ovidio, Seneca», *Prometheus*, 18 (1992) 150-72.

² EURÍPIDES, frag. 905 NAUCK; este fragmento, perteneciente a una tragedia de título incierto pero que debió tener notable fortuna, pues lo encontramos citado en versión latina en la *Medea* de ENIO (frag. 273

Dicen, en efecto, que Filóxeno, hijo de Erixis, y Gnatón de Sicilia³ se pirraban por la buena comida hasta el extremo de sonarse la nariz sobre las viandas para disuadir a sus comensales y ser ellos los únicos en hartarse de lo que había en la mesa. Así los que buscan la fama de manera destemplada y desmedida desacreditan la fama en los demás, como si éstos fueran sus rivales en el amor, para obtenerla ellos sin oposición⁴. Y hacen lo mismo que los remeros, pues
 c igual que éstos, aunque miren hacia la popa de la nave, con sus esfuerzos conjuntos transmiten el impulso a la proa, de forma que con el reflujo obtienen una corriente que rodea y empuja la embarcación⁵, así quienes ofrecen tales preceptos

VAHLEN) y en un par de pasajes de CICERÓN (*Fam.* VII 6, 2; *Off.* III 15 [62]; cf. también *Fam.* XIII 15, 2), lo recoge también PLUTARCO en *Alex.* 53, 2, poniéndolo en boca de Alejandro, que zahiere con él a Calístenes por su animadversión hacia los banquetes.

³ Filóxeno, hijo de Erixis, es el poeta ditirámico Filóxeno de Citera, de cuya proverbial glotonería nos habla por extenso ATENEO I, 5f-7a, y a quien cita también PLUT., *Quaest. conv.* IV 4, 2 (668C) junto a otros artistas famosos por su glotonería (aunque es posible que en este último pasaje haya una confusión entre el poeta y el Filóxeno discípulo de Anaxágoras, ejemplo de avidez y depravación según ATEN., V 220c, quizá el mismo Filóxeno cuyo afeminamiento criticaba ARISTÓFANES, *Avispas* 82-84, *Nubes* 686: cf. al respecto la nota correspondiente de F. FUHRMANN, *Plutarque. Œuvres morales IX* 2, París, 1978). En cuanto a Gnatón de Sicilia, probablemente deba conectarse con Gnatón, el típico parásito de la Comedia Nueva (cf. MENANDRO, *Adulador*, 68; TERENCIO, *Eumuco*, 228 ss.), al que se refiere también PLUT. en *Quaest. conv.* VII 6, 2 (707E) como «el más experto de los hombres en cenar de lo ajeno»; cf. también HESQUIO, I 705.

⁴ Cf. PLUT., *Suav. viv. Epic.* 18 (1100A-C), donde se critica el «ardiente» y «alocado» deseo de fama que, según nuestro autor, albergaba en realidad Epicuro.

⁵ ENARSON-DE LACY, pág. 325, n. a, relacionan esta explicación del movimiento de la nave con la teoría de la *antiperístasis* o «presión externa», que trata de explicar el hecho de que un objeto movido por otro con-

persiguen la fama como si le dieran la espalda. Porque ¿qué necesidad había de decir eso, qué necesidad había de escribirlo y de, una vez escrito, darlo a la posteridad, si lo que quería era pasar inadvertido? ¿O es que quería pasar inadvertido⁶ a sus contemporáneos pero no a las generaciones futuras?⁷.

2. Pero ¿cómo no va a ser mala en sí misma esta cuestión? «Vive ocultamente»: ¿como quien profana tumbas? ¿Es que la vida es algo indecente, para que tengamos que ignorarla? Antes bien, yo diría: «No vivas oculto, aunque tu vida sea mala, sino date a conocer, corrígete, arrepíentete. Si tienes virtudes, no dejes de usarlas; si tienes vicios, no te quedes sin cura».

Mejor distingue y precisa al destinatario de esa prescripción tuya. Si se trata de una persona necia, vil e insensata, en nada te diferencias de alguien que dijera: «Esconde tu

tinúe moviéndose tras perder contacto con éste: cf. PLATÓN, *Timeo* 58e-59a; ARISTÓTELES, *Física* IV 8 (215a14 ss.) y VIII 10 (267a13 ss.).

⁶ Adoptamos la lectura de POHLENZ-WESTMAN, que descomponen la última oración que presentan los manuscritos al final de este primer capítulo en dos oraciones interrogativas suponiendo un fenómeno de haplografía (*vid. supra* nuestra nota textual), no tanto porque sea una *lectio faciliior*, cuanto sobre todo por pura lógica, que a nuestro entender falta en el texto tal como lo transmiten los manuscritos; por lo demás, no nos parecen atendibles las consideraciones de GALLO, *op. cit.*, págs. 14 s., justificando la lectura manuscrita, mientras que EINARSON-DE LACY ni siquiera aluden a la cuestión en su aparato crítico *ad loc.*

⁷ Cf. CIC., *Pro Archia* 11 (26): «Incluso los propios filósofos que escriben libros sobre el desprecio de la fama, ponen su nombre en la portada». Obviamente, la intención de Epicuro era dar a conocer y difundir su doctrina más que alcanzar la fama, pero Plutarco, aquí como en otros muchos lugares, distorsiona la realidad, junto con los argumentos de Epicuro, para desacreditar al filósofo.

fiebre, esconde tu locura, que no te la advierta el médico; ve a echarte en algún rincón oscuro, ignorado con⁸ tus afecciones». Vete tú también con tus vicios, enfermo de enfermedad incurable y fatal, escondiendo tus envidias y tus supersticiones como quien esconde unas palpitaciones por temor de mostrarlas a los que las pueden curar y sanar⁹. Los antiguos, hace mucho tiempo, exponían¹⁰ a los enfermos en público, y todo aquel que tuviera algún remedio, por haber sufrido él mismo determinada enfermedad o haber atendido a alguien que la sufría, se lo comunicaba a quien lo necesitaba¹¹; y dicen que así, con la contribución de la experiencia, se engrandeció el arte médica. Ciertamente, también las existencias enfermas y las pasiones del alma habría que desnudarlas delante de todos, y que cada uno las tocara y, examinando las condiciones del paciente, dijera: «¿Estás irritado? Procura evitar tal cosa»; «¿Estas celoso? Haz tal otra»; «¿Estás enamorado? Yo también estuve una vez enamorado, pero recapacité». En cambio, si niegan, ocultan y esconden el mal, hacen que éste cale hondo en sí mismos.

⁸ Adoptamos la lectura de GALLO (que es la del manuscrito y): *syn toîs páthesin*. Con GALLO también, limitamos las comillas a esta oración, sin ampliarlas a la siguiente, como hacen EINARSON-DE LACY.

⁹ Plutarco critica en otros lugares a quienes evitan manifestar a los médicos sus afecciones: cf. PLUT., *Prof. virt.* 11 (81F-82B); *Curios.* 7 (518D).

¹⁰ Adoptamos la lectura de los manuscritos, *proseîchon*, restituida por GALLO.

¹¹ Las diversas noticias sobre esta costumbre la atribuyen en concreto a algunos pueblos, como asirios, egipcios o montañeses del norte de la península ibérica, o en general, como aquí Plutarco, a «los antiguos»: cf. HERÓD., I 197; ESTRAB., III 3, 7, y XVI 1, 20; MÁXIMO DE TIRO, VI 2; ISIDORO, *Etimologías* X 72.

3. Por otro lado, si es a los buenos a quienes exhortas a F pasar inadvertidos e ignorados, estás diciendo a Epaminondas: «No mandes ejércitos», a Licurgo: «No legisles», a Tra-síbulo: «No mates tiranos», a Pitágoras: «No enseñes», a Só-crates: «No dialogues», y en primer lugar te estás diciendo a ti mismo, Epicuro¹²: «No escribas a los amigos de Asia¹³, ni hospedes a los de Egipto, ni seas guardián de los efebos de Lámpsaco¹⁴, ni distribuyas libros a todos, hombres y muje- 1129A res¹⁵, exhibiendo tu sabiduría, ni des instrucciones sobre tu entierro»¹⁶. En efecto, ¿qué significan esas comidas en co-

¹² Como dijimos anteriormente, es ésta la única mención explícita de Epicuro en todo este opúsculo: según sugiere GALLO, *op cit.*, pág. 13, se trataría de una manera más de mostrar Plutarco su desprecio hacia el filósofo.

¹³ Gran parte de la inmensa obra de Epicuro estaba constituida por las cartas enviadas a sus amigos y discípulos, de las que hoy sólo podemos leer, aparte de las tres conservadas por Diógenes Laercio, unos pocos fragmentos (EPIC., frags. 40-132 ARR.). Para otros testimonios, aunque dudosos, relativos a los «amigos de Asia», cf. EPIC., frags. 262-263 ARR. (págs. 679 s.).

¹⁴ Según BIGNONE, *L'Aristotele perduto...*, vol. II, pág. 118, se trata de «una maligna, e sinora sibillina, insinuazione di Plutarco» (¿alusiva quizá a las inclinaciones sexuales de Epicuro?), referida a la estancia del filósofo en Lámpsaco, durante la que habría enseñado a los jóvenes lamp-sacenos en el gimnasio de la ciudad.

¹⁵ Cf. USENER, *Epicurea*, pág. 87, 23-28. Véase lo dicho *supra*, n. 13, sobre las numerosas cartas enviadas por Epicuro a sus amigos, y conéctese con las palabras de DIÓG. LAERC., X 9, según el cual «los amigos [de Epicuro] fueron tantos que no podrían contarse ni por ciudades enteras». Al círculo de amigos de Epicuro pertenecían muchas mujeres, en general de elevado nivel cultural; DIÓG. LAERC., X 5-6, nos habla de varias cartas cuyos destinatarios eran mujeres.

¹⁶ EPIC., frag. 98 ARR. (= 107 Us.). El testamento de Epicuro, que nos ha conservado DIÓG. LAERC., X 16-21 (= frag. 217 Us.), da precisas indicaciones sobre el destino de sus bienes, sobre sus herederos, etc., pero no da instrucciones sobre su entierro; sólo se refiere a los sacrificios fúnebres

mún¹⁷? ¿Qué son esas reuniones con los amigos y los niños bonitos¹⁸? ¿A qué vienen los miles y miles de líneas que escribiste a Metrodoro, a Aristobulo, a Queredemo¹⁹, compuestas laboriosamente para que ni después de muertos pasasen inadvertidos, si estableces como ley la desmemoria en la virtud, la inacción en el arte, el silencio en la filosofía, el olvido en el buen hacer²⁰?

para sus padres y hermanos y, en todo caso, a la celebración anual de su cumpleaños.

¹⁷ Probablemente se refiera Plutarco a las reuniones que cada mes celebraban los epicúreos en recuerdo del maestro y de sus discípulos más destacados: cf. PLUT., *Suav. viv. Epic.* 4 (1089C), con nuestra nota 55. Estas «mesas comunes» (*koinai trápezai*) adquirieron pronto una especial significación en la comunidad de vida entre maestro y discípulos, y es posible que a ellas se refiera EPIC., frag. 107 ARR., cuando «recomienda no violar los acuerdos de la sagrada mesa» (*hierás trapézēs*).

¹⁸ Cf. EPIC., frag. 218 Us. Se trata probablemente de otra alusión maliciosa, en la línea de la anterior sobre los efebos de Lámpsaco, a la amistad entre Epicuro y su joven discípulo Pítocles, cuya belleza (*hōraïon ónta*) recuerda DIÓG. LAERC., X 5. Sin duda era uno más de los tópicos calumniosos de la tradición antiepicúrea, que todavía Diógenes Laercio trata de combatir insistiendo sobre la sobriedad de vida y de costumbres del filósofo.

¹⁹ METRODORO, frag. 27 KÖRTE. Aristobulo y Queredemo, hermanos de Epicuro, así como Metrodoro, su gran amigo y discípulo, murieron bastante antes que el maestro, quien dedicó en su honor sendas obras tituladas con sus respectivos nombres (cf. DIÓG. LAERC., X 23 y 27-28). Sobre la fecundidad de la pluma de Epicuro, cf. DIÓG. LAERC., X 26: «Epicuro fue un polígrafo de primera magnitud, y superó a todos en cuanto a número de libros, pues son suyos cerca de trescientos títulos».

²⁰ Cf. USENER, *Epicurea*, pág. 87, 23. Estas acusaciones encuentran su fundamento en los ataques que los adversarios de Epicuro lanzaban contra su doctrina del placer, es decir, no en la propia doctrina, sino en la interpretación de sus adversarios: para el detalle de cada una de estas acusaciones, *vid.* las notas *ad loc.* de PORTALUPI, *De latenter vivendo*, pág. 17.

4. Si de la vida eliminas la reputación, como el que quita la luz de un simposio, para permitir que todo pueda hacerse a escondidas por placer, entonces vive oculto. Por supuesto ^B que sí, si mi intención es vivir con Hedía la hetera y cohabitar con Leontion²¹, «escupir sobre lo bello moral»²² y poner el bien «en la carne y sus cosquilleos»²³; esos fines requieren oscuridad y noche, para eso se busca el olvido y el incógnito²⁴. Pero si uno en el campo de la filosofía natural exalta la divinidad, la justicia y la providencia, en la ética la ley, la sociedad y el estado, y en la política el bien y no la utilidad²⁵, ¿por qué debería vivir ocultamente²⁶? ¿Para no enseñar a nadie, para no convertirse en modelo de virtud ni en buen ejemplo para nadie? Si Temístocles hubiera pasado inadvertido a los atenienses, Grecia no habría rechazado a Jerjes; si ^C Camilo a los romanos, Roma no habría sobrevivido como ciudad; si Platón a Dión, Sicilia no habría sido liberada²⁷.

²¹ Ésta era una de las acusaciones de Timócrates, el hermano de Metrodoro, que se convirtió en un feroz calumniador de Epicuro tras abandonar su escuela. Cf. DIÓG. LAERC., X 7, así como PLUT., *Suav. viv. Epic.* 4 (1089C) y 16 (1097D-E), con nuestras notas *ad loc.*

²² Cf. EPIC., frag. 136 ARR. (= 512 Us.).

²³ Cf. EPIC., frag. 22, 1 y 2 ARR. (= 67 y 69 Us.).

²⁴ EPIC., frag. 412 Us.

²⁵ Como señala GALLO en su nota *ad loc.*, Plutarco enumera aquí «las actividades intelectuales y políticas dignas de un hombre libre que la Academia y el Peripato recomendaban y contraponían a la doctrina 'utilitarista' de Epicuro».

²⁶ EPIC., frag. 524 Us.

²⁷ Temístocles, el famoso general ateniense vencedor de los persas en Salamina (480 a. C.), y el romano Camilo, que liberó su patria del asedio de los galos (386 a. C.), son los protagonistas de uno de los pares de *Vidas paralelas* de Plutarco. También el siracusano Dión, por su parte, es objeto de una *Vida* de Plutarco, en pareja con Bruto. Plutarco usa con frecuencia las figuras ejemplares de Temístocles y de Dión en su polémica

En mi opinión, igual que²⁸ la luz no sólo nos hace visibles sino también útiles unos a otros, así la notoriedad no sólo da fama, sino también posibilidad de poner en práctica nuestras virtudes²⁹. Epaminondas, por ejemplo, desconocido hasta los cuarenta años, en nada fue útil a los tebanos; pero luego, tras ganarse su confianza y obtener el mando, salvó la ciudad de la ruina y liberó Grecia de la esclavitud, ofreciendo a la fama, como si la pusiera a la luz, la eficacia de su virtud D en aquella circunstancia³⁰.

antiepicúrea: cf. PLUT., *Suav. viv. Epic.* 15 (1097B y C); *Col.* 17 (1116F) y 32 (1126C).

²⁸ Siguiendo a GALLO, rechazamos por innecesaria la corrección de POHLENZ, aceptada en cambio por EINARSON-DE LACY, y restituimos la de buena parte de los manuscritos: *hóspes dé*.

²⁹ Plutarco profundiza a partir de aquí su crítica al *latenter vivere* epicúreo: frente a una vida en la sombra, la luz (*phôs*) como esencia y *télos* del alma humana, que nos hace visibles a los demás; frente al oscuro anonimato, la notoriedad (*gnôsis*), en el doble y complementario sentido, subjetivo y objetivo, de darse a conocer y por tanto ser conocido por los demás, un conocimiento indispensable para poner en práctica las virtudes éticas y políticas útiles a la sociedad, ejemplificadas por Plutarco con la figura del general y político tebano Epaminondas.

³⁰ Epaminondas, en efecto, no participó en los asuntos públicos de su ciudad hasta los últimos años de su vida, cuando comandó al ejército tebano que venció a los espartanos en Leuctra (371 a. C.) y luego en Mantinea (362 a. C.), consiguiendo abatir la hegemonía político-militar espartana aunque él mismo encontrase la muerte en esta última batalla. Este personaje histórico, recordado con frecuencia por nuestro autor en su polémica antiepicúrea (cf. PLUT., *Suav. viv. Epic.* 16 [1098A-B] y 17 [1099C], *Col.* 33 [1127A-B], y *supra*, cap. 3 [1128 F] de este mismo tratado), fue muy apreciado por su paisano Plutarco, quien le dedicó, emparejado con el romano Escipión el Africano, una de sus *Vidas paralelas*, por desgracia hoy perdida, que fue probablemente la primera en el orden originario y en cuyo prólogo seguramente se esbozaría el programa del conjunto de la obra: cf. C. P. JONES, «Towards a Chronology of Plutarch's Works», *Journ. Rom. Stud.* 56 (1966), 61 ss.

*En usada, cual noble bronce brilla,
pero desatendida, con el tiempo se arruina*³¹,

no sólo «una casa», como dice Sófocles, sino también el carácter del hombre, que, al permanecer inactivo sin darse a conocer, se acarrea la vejez como si criara moho. Una tranquilidad muda y una vida sedentaria, apoltronada en el ocio, marchita no sólo los cuerpos, sino también las almas. Y al igual que se pudren las aguas que permanecen ocultas por estar quietas en lugares umbrosos y no correr³², así ocurre con las vidas inmóviles, que, aunque sus capacidades con-naturales puedan tener, en apariencia, algo de utilidad, como no corren ni bebe nadie de ellas, se corrompen y envejecen.

5. ¿No ves que, al caer la noche, una penosa pesadez invade los cuerpos y una pereza debilitante se apodera de las E almas, mientras que la razón, contraída en sí misma como un débil fuego, bajo los efectos de un indolente aturdimiento se ve agitada por visiones un tanto inconexas lo justo para indicar que la persona está viva, pero

*cuando ahuyenta los engañosos sueños*³³

³¹ Son versos de una tragedia desconocida de SÓFOCLES (frag. 780 NAUCK = 864 RADT), citados también por PLUT. en *An seni resp.* 8 (788B) y 15 (792A), siempre para subrayar los efectos contrarios que sobre el carácter del hombre tienen la inacción, por un lado, y el ejercicio de la mente y la actividad pública, por otro.

³² La imagen del agua que se pudre al estancarse la utiliza también PLUT. en *Quaest. conv.* VIII 5 (725D), y en *Aq. ign.* 9 (957D).

³³ Cf. *Etymologicum Magnum* 433, 51; este fragmento, atribuido a CALÍMACO por SCHNEIDER (frag. anon. 93, pág. 723), no lo incluye sin embargo PFEIFFER en su edición canónica.

el Sol naciente y, como mezclándolas juntas, hace volver e impulsa con su luz las acciones e ideas de todos, entonces, como dice Demócrito,

*pensando nuevos pensamientos para el día*³⁴,

los hombres, arrastrados por una mutua atracción como por una cuerda tensa, se levantan cada uno por su lado para dedicarse a sus actividades?

- F 6. Personalmente, pienso que la vida misma y en general el nacer y el participar de la generación le ha sido concedido al hombre por la divinidad para que se dé a conocer. Mientras gira en forma aislada y dispersa en la rueda del universo, el hombre permanece oscuro e ignoto³⁵; pero cuando nace, al tomar conciencia de sí y adquirir consistencia, brilla y se convierte, de oscuro e invisible que era, en manifiesto y visible. El nacimiento, en efecto, no es el camino que lleva al ser, como dicen algunos³⁶, sino que del ser lleva a la notoriedad, puesto que no crea cada una de las cosas que nacen, sino que las saca a la luz, como tampoco la destrucción significa paso del ser al no ser, sino más bien transferencia a

1130A

³⁴ DEMÓCRITO, frag. B 158 DIELS-KRANZ, citado también por PLUT. en *Quaest. conv.* III 6, 4 (655D) y VIII 3, 5 (722D).

³⁵ Respecto a la idea de que el hombre, antes de convertirse en un ser humano tras el nacimiento, gira «oscuro e ignoto» en la inmensidad del universo, apunta GALLO, pág. 60, n. 46, que «podría tratarse de doctrina platónica, si bien no del propio Platón, sino de la Academia posterior».

³⁶ Cf. PS. PLATÓN, *Definiciones* 411a: «El nacimiento (*génesis*) es un movimiento hacia el ser, una participación en el ser, un paso al ser». También ARISTÓT., *Tópicos* VI 2 (139b20), se opone a la definición del nacimiento como un llegar a ser. Con la expresión «como dicen algunos», Plutarco parece referirse a una disputa interna de la Academia: véase a este respecto PORTAULPI, *De latenter vivendo*, pág. 21, n. 44.

la oscuridad de aquello que perece³⁷. De ahí, pues, que, cuando se identifica a Apolo con el Sol según las antiguas tradiciones patrias, se le llama Delio y Pitio³⁸, mientras que al señor del destino opuesto, ya se trate de un dios o de un demon, se le llama

*Príncipe de la noche tenebrosa y del ocioso sueño*³⁹,

³⁷ Cf. PLUT., *Col.* 12 (1113C), donde nuestro autor recuerda un fragmento de EMPÉDOCLES (B 11 D.-K.) en el que se polemiza contra la creencia vulgar sobre el nacimiento y la muerte para afirmar que este filósofo «no elimina la generación, sino sólo la generación a partir de lo que no existe, ni tampoco la corrupción, sino sólo la corrupción total, es decir, la destrucción que lleva a la no existencia».

³⁸ Plutarco suele derivar el epíteto Delio (*Délios*, «claro, luminoso») del adjetivo *dêlos*, «claro, evidente», mientras que suele también poner en relación, más o menos implícitamente, el epíteto Pitio (*Pýthios*, «indagador») con el verbo *pynthanomai*, «informarse, inquirir, darse cuenta»: cf. PLUT., *E ap. Delph.* 2 (385B) y 21 (394A). Se trata, sin embargo, como ha señalado J. A. FERNÁNDEZ DELGADO en su traducción del tratado *E ap. Delph.* para la BCG (núm. 213, Madrid, 1995, n. 11, págs. 241 s.), de falsas etimologías, ya que estas invocaciones de Apolo, al igual que otras, «derivan de los lugares en que recibe culto, respectivamente *Pythô* ([el segundo nombre de Delfos,] que la leyenda relaciona con *pýthomai*, «pudrirse», dicho de la serpiente, *Pýthôn*, muerta por Apolo [...]), *Dêlos* (la isla lugar de nacimiento de Apolo), [...]». Pueden verse otras etimologías plutarquicas de epítetos de Apolo en *E ap. Delph.* 20 (393C). Para la afición de Plutarco por la etimología, véase J. F. MARCOS MONTIEL, «El uso de la etimología en los *Moralia* de Plutarco», *op. cit.* (cf. *supra.*) Por otro lado, sobre la identificación de Apolo con el Sol, puede encontrarse una exhaustiva recopilación de textos en A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica*, Madrid, 1975, págs. 81 s. Cf., finalmente, PLAT., *República* 508a-509b, donde se presenta al Sol como señor del mundo visible.

³⁹ Fragmento lírico de autor desconocido (PAGE, *Poet. Mel. Graec.*, 996 [adesp. 78]), citado también por PLUT. en *E ap. Delph.* 21 (394A).

como si, cuando perecemos, nos encamináramos hacia lo oscuro e invisible⁴⁰. Pienso también que al hombre mismo lo llamaron los antiguos precisamente *phōs*⁴¹ porque en cada uno de nosotros está implantado de manera natural y
 B congénita un fuerte deseo de ser conocido y de conocer. En opinión de algunos filósofos, la propia alma es en esencia luz⁴², y aducen como prueba, entre otras, el hecho de que el

⁴⁰ Plutarco se refiere a Hades, aludiendo a él mediante un juego etimológico (esta vez, sí, correcto, pues el nombre del dios —sin duda un eufemismo para referirse al dios del mundo de ultratumba, cuyo nombre era tabú y no debía pronunciarse— proviene de *a-* privativa y la raíz *id-*, «ver»; cf. PLAT., *Crátilo* 403a, 404b) con los términos «tenebrosa» (*aidnâs*) y «oscuro e invisible» (*aidês kai aóraton*, proveniente este último término también de *a-* privativa y la raíz del verbo *horáo*, «ver»).

⁴¹ Como se aclara a continuación, Plutarco relaciona la arcaica forma poética *phōs*, «hombre, guerrero, héroe», con *phōs*, forma ática contracta de *phaós*, «luz»; para esta etimología, cf. *ETYM. MAGN.* 804, 29 ss.

⁴² La imagen del alma como luz (*phōs*) la emplea PLUT. en otros lugares (*Aet. rom.* 72 [281B]; *Ser. num. vind.* 23 [563F]; *Quaest. conv.* VII 4, 3 [703A]), pero es en éste precisamente, como señala GALLO, pág. 17, en el que aparece más explícita y desarrollada, además de referirse expresamente a la autoridad de filósofos precedentes y adoptarse de forma expresa contra Epicuro y su máxima de *latenter vivere*. Según GALLO, este pasaje «retoma y probablemente desarrolla de manera personal un concepto entre filosófico y religioso (alma = luz) que parece tener una doble ascendencia, académico-peripatética por un lado, pitagórica por otro». Ya O. VOS, *De Heraclidis Pontici vita et scriptis*, Rostock, 1896, y luego BIGNONE, *L'Aristotele perduto...*, vol. II, págs. 598 s., sostuvieron la hipótesis de que la fuente de este pasaje estaba en Heraclides Póntico (educado en el platonismo pitagorizante de Espeusipo y Jenócrates y luego discípulo estable de Aristóteles), ya, como pretendía BIGNONE, en su diálogo *Peri hēdonês* (frags. 55-61 WEHRLI), en el que Heraclides habría utilizado un argumento aristotélico respecto a la naturaleza luminosa del alma y el valor de la luz como conocimiento, ya, como quiere F. WEHRLI, *Die Schule des Aristoteles. VII: Herakleides Pontikos*, Stuttgart, 1969, en su obra *Peri psychês* (frag. 100 WEHRLI), si bien este último estudioso piensa que Plutarco bebe también de otra fuente platónica desconocida. GALLO,

alma encuentra en la ignorancia la más insoportable de las cosas, aborrece todo lo oscuro y se perturba con las tinieblas, que para ella están llenas de temor y sospecha, y en cambio la luz le es tan grata y deseable que, si le falta y está a oscuras, ni siquiera goza con ninguna otra cosa de las que son placenteras por naturaleza, sino que es la luz la que hace agradable y humano todo placer, toda ocupación o disfrute⁴³, como si se le añadiera una especie de condimento universal. Por contra, quien se engolfa en la ignorancia y se rodea de oscuridad y convierte su vida en una tumba da la impresión de estar abrumado por su propio nacimiento y no soportar la existencia.

7. Sin embargo, precisamente la naturaleza de la fama y del ser <***>⁴⁴ la región de los bienaventurados:

por su parte, aunque acepta la hipótesis de la fuente heraclidea de Plutarco respecto a la identificación del alma con la luz y coincide con WEHRLI al pensar que este argumento vendría desarrollado en el *Peri psychês* mejor que en el *Peri hêdonês* («que difícilmente habrá sido de exclusiva polémica antiepícúrea»: pág. 18), sin embargo sugiere que la expresión «algunos filósofos» empleada por Plutarco «está usada muy probablemente de manera literal, y por tanto referida no a Heraclides sólo, sino también a algún otro filósofo, platónico según Wehrli, pero también pitagórico o más bien neopitagórico» (pág. 19).

⁴³ Cf. PLUT., *Suav. viv. Epic.* 10 (1093A).

⁴⁴ El texto de este último capítulo, sobre todo en su parte inicial, es especialmente problemático. Las lecturas y conjeturas propuestas por los distintos editores (*vid.* las págs. 20 s. de la Introducción de GALLO, así como las págs. 63-66 de su comentario) no acaban de aclarar las muchas dudas planteadas por un texto que a todas luces parece incompleto, sobre todo si tenemos en cuenta la mención inesperada de esa «tercera vía» (*hê trîtê hodôs*: cf. *infra*, n. 48) al comienzo de la oración siguiente, sin duda indicativa de que se ha perdido algún pasaje anterior donde se aludiría de forma expresa a la primera y/o a la segunda vía. Preferimos por tanto, con GALLO, mantener la laguna inicial existente en el texto tal como nos lo han transmitido los manuscritos.

*Para ellos brilla el vigor del sol,
durante la noche de aquí abajo,
entre prados de rosas purpúreas*⁴⁵,

y para ellos se extiende una floreciente llanura de fértiles bancales⁴⁶ y árboles umbrosos, atravesada por unos ríos de curso plácido y sin ondas⁴⁷, y pasan su tiempo conversando entre recuerdos y reflexiones de lo pasado y lo presente, en mutua compañía y convivencia. Pero la tercera vía⁴⁸ es la de

⁴⁵ PÍNDARO, frag. 129 SNELL-MAEHLER, citado por PLUTARCO de forma más amplia en *Cons. Apoll.* 35 (120 C). Pertenece este fragmento, junto con el citado a continuación, a un treno en el que Píndaro exponía una escatología de probable filiación órfico-pitagórica: *vid.* H. LLOYD-JONES, «Pindar and the After-Life», en *Pindare*, Entr. Fond. Hardt 31, Vandoeuvres, 1985, págs. 245-279.

⁴⁶ Frente a la lectura de EINARSON-DE LACY, *akárpōn mèn anthērōn dè* («[árboles] estériles pero floridos»), adoptamos la de GALLO, *eukárpōn mèn andērōn* («fértiles bancales»), por varias razones: ésta, en primer lugar, sólo implica textualmente la corrección de *akárpōn* por *eukárpōn*, mientras que aquélla, por mantener *akárpōn*, se ve obligada a añadir la partícula *dè* y a cambiar *andērōn* por *anthērōn*, introduciendo de paso una innecesaria redundancia con *ánthesin* en la misma proposición; además, como señala GALLO, pág. 65, n. 65, la idea de árboles estériles y sin fruto se compadece mal con el conjunto de la descripción paradisiaca hecha por Píndaro y parafraseada por Plutarco; por último, EINARSON-DE LACY pretenden apoyar su mantenimiento de *akárpōn* en el testimonio de ciertos escolios a HOMERO, *Od.* X 510, por los que sabemos que «trees of the underworld are sterile», pero en nuestra opinión incurren en un error evidente, porque el pasaje homérico habla de los «estériles cañaverales» del bosque de Perséfone, por donde tiene que pasar Odiseo para llegar al Hades: el *submundo*, en efecto, pero no la región de los bienaventurados, que es de lo que aquí se trata.

⁴⁷ Adoptamos, con POHLENZ y GALLO, la lección *áklystoi* que dan algunos manuscritos.

⁴⁸ La mención de esta «tercera vía», correspondiente a las almas de los malvados e impíos, hace suponer que también en el treno de Píndaro que sirve de modelo a la parafrasis de Plutarco se hablaba de las tres vías

aquellos que han vivido de manera impía e injusta, una vía d
que empuja sus almas a un abismo de tinieblas

*desde donde vomitan infinita oscuridad
lentos ríos de sombría noche*⁴⁹,

que reciben a los condenados y los ocultan en la ignorancia y el olvido. Porque ni hay buitres que devoren sin cesar el hígado de los malvados que yacen por tierra⁵⁰ (pues ha sido destruido por el fuego o se ha podrido), ni carga alguna

que siguen las almas después de la muerte. ¿Pero cuáles son las otras dos? T. DÜBNER, en sus *Quaestiones Plutarcheae* (citado por GALLO, pág. 65, n. 67), había supuesto una laguna al comienzo de esta oración (antes de «Pero la tercera...», *hē dē trítē*) en la que se hablaría de la segunda vía, que sería una vía de carácter intermedio para las almas de quienes hubiesen llevado una vida moderada (*tōn mēsōs bebiōkótōn*). Esta opinión vino sustentada y desarrollada más tarde por R. M. JONES, *The Platonism of Plutarch*, Menasha, Wisconsin, 1916, en cuya pág. 67 leemos: «If the words *hē dē trítē* be sound, there must have been a passage describing the second path which has fallen out of our text. It might be assumed that since the lot of the righteous was first described, and the lot of the incurable wicked last, the intervening section dealt with curable sinners, who must be reborn on earth for further purification». Por contra, U. VON WILAMOWITZ, *Pindaros*, Berlín, 1922, pág. 499, supuso, a partir del cotejo con algunas fuentes (PÍND., *Ol.* II 57 ss.; VARRÓN *ap. SERV. ad Georg.* I 34; etc.), que la segunda vía sería la que conduce a la región de los bienaventurados, mientras que la primera, ausente en el texto plutarqueo transmitido, sería la que conduce directamente a los dioses, es decir la vía de la divinización, como la que siguió Heracles.

⁴⁹ PÍND., frag. 130 SNELL-MAEHLER, citado también por PLUT. en *Aud. poet.* 2 (17C).

⁵⁰ Tal era el castigo del gigante Ticio, a quien Zeus precipitó a los infiernos por haber intentado violar a Leto: cf. HOM., *Od.* XI 576-581.

opreme y fatiga con su peso los cuerpos de los condenados⁵¹,

*pues ya no tienen carne ni huesos sus nervios*⁵²,

ni tienen los muertos un resto de cuerpo que les permita soportar la presión de un duro castigo, sino que, en verdad, el único castigo de los que han llevado una mala vida es la oscuridad, el olvido y la completa desaparición, que desde el Lete los lleva al tétrico río y los sumerge en un océano⁵³ insondable e inmenso que arrastra consigo la inutilidad y la inacción junto al más completo olvido y oscuridad.

⁵¹ Alude Plutarco al castigo de Sísifo, condenado a empujar eternamente hasta lo alto de una pendiente una enorme roca que volvía a caer apenas llegaba a la cumbre: cf. HOM., *Od.* XI 593-600.

⁵² HOM., *Od.* XI 219.

⁵³ Tras cruzar el Lete, el río que da el olvido (en cuyo nombre, *Léthē*, se esconde una alusión etimológica al *látē* de la máxima epicúrea criticada por Plutarco), y luego el «tétrico río» (literalmente «sin sonrisa», *ameidê*), las almas de los malvados se sumergen en el mar inmenso y desaparecen; puede verse una imagen similar en *Suav. viv. Epic.* 30 (1107A), al mencionar Plutarco «la idea de que el alma acaba derramándose en el infinito como en un mar sin límites».

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

- Academia, 1107F, 1120C, 1122A, 1126C.
 Ada, 1099C.
 Afrodisias (fiesta), 1095A, 1097E.
 Afrodita, 1094F, 1101F.
 Agatobulo, 1089F.
 Agesilao, 1099C.
 agrianes, 1095D.
 Alejandro, 1096B, 1099C-D, 1126D.
 Anaxarco, 1117A.
 Antidoro, 1126A.
 Apeles, 1094D.
 Apolo, 1102E, 1130A.
 Apolodoro ¿de Pérgamo?, 1094B.
 Apolonio de Perga, 1093E.
 Aqueronte, 1104D.
 Arbelas, 1099D.
 arcadios, 1126C.
 Arcesilao, 1120C, 1121E-F, 1122A.
 Aristarco, 1093D-E.
 Aristides, 1098A.
 Aristobulo, 1093C, 1103A, 1129A.
 Aristodemo, 1086F, 1087C, 1096F, 1097A, 1100E, 1103E, 1104A, 1107F, 1108A.
 Aristónimo, 1126C.
 Aristóteles, 1086E, 1093C, 1095A, E, 1096A, 1097B, 1111D, 1115A-B, 1118C, 1124C, 1126D-F.
 Aristóxeno, 1093C, 1095E.
 Ariusia, 1099B.
 Arquelao, 1095D, 1117E.
 Arquias, 1099B.
 Arquímedes, 1093D-E, 1094B-C.
 Ascálafo, 1104D.
 Asclepio, 1103B.
 Asia, 1114B, 1126C-D, 1128F.
 Átalo, 1095D.
 Ateas, 1095F.
 Atenas, 1126C, 1127B.
 atenienses, 1090E, 1095E, 1097D, 1099D, 1116F, 1125D, 1126B, 1129B.
 Ayante, 1108A.
 Babilonia, 1095D.
 Baco, 1119E.
 Berenice, 1109B.
 Bión, 1126A.
 Boidion, 1097E.

- Cabrias, 1126C.
 Calias, 1095D.
 Calicrátidas, 1100B.
 Camilo, 1129C.
 cardaces, 1095D.
 Carnéades, 1089C.
 Cerbero, 1105A, 1106E.
 cirenaicos, 1089A, 1120C-D, 1121A.
 Cízico, 1098B.
 cnidios, 1126D.
 Cocito, 1106E.
 Colotes, 1086C, E, 1100A, C, 1107D-E, 1108D-F, 1109A, 1110E, 1111F, 1112D, 1113B, D-F, 1114B, D, F, 1115B, D, 1116E, 1117B-D, F, 1118A-C, 1119C-D, 1120B-F, 1121A, 1122A-B, 1124B, D, 1125D, 1126A, 1127E.
 Conón, 1100B.
 Cotis, 1126C.
 Crates, 1095D.
 Daifanto, 1099F.
 Delfos, 1116E, 1118C.
 Delio de Éfeso, 1126D.
 Delion, 1117E.
 Deméter, 1119E.
 Démilo, 1126D.
 Demócrito, 1100A, C, 1108B, E-F, 1109A, 1110E-F, 1111A-C, 1113E, 1124C, 1126A, 1129E.
 Deucalión, 1125D.
 Deyotaro, 1109B.
 Dicearco, 1115A.
 Diódoto, 1095D.
 Diógenes, 1102F.
 Díón, 1097B, 1126C, 1129C.
 Dionisias, 1098B.
 Dionisio, 1090E, 1097B.
 Dioniso, 1119E.
 Diosa Madre, 1127C.
 Dioscuros, 1103B-C.
 Dicearco, 1095A, 1096A.
 Éaco, 1104D.
 Egipto, 1128F.
 eleos, 1126C.
 Empédocles, 1103F, 1108B, 1111F, 1112A, D, F, 1113A-B, D-E, 1123B, 1126A.
 Empusa, 1101C.
 Eneas, 1105F.
 Epaminondas, 1098A-B, 1099C, 1127A, 1128E, 1129C.
 epicúreos, 1087D, 1088B, 1089D, 1091F, 1092A-B, 1093C, 1095E, 1096C, E, 1097A, 1099C, 1107B, 1109C, 1112A, 1113E, 1116D, 1118D, 1121C, 1122D, 1125E.
 Epicuro, 1086C, E, 1087A, 1088B-C, 1089A, C, E-F, 1090E, 1091A-B, E, 1092B, 1094D-E, 1095C, E, 1096A, 1097A, C, 1098B, D, 1099D, F, 1100A-B, 1101B, 1102B, 1103A, F, 1104B, 1105A, E, 1106C-D, F, 1107A, C-D, 1108D-F, 1109E-F, 1110B-C, E-F, 1111B, 1112E, 1114A, 1116D, 1117B-D, F, 1121A, 1126C, E-F, 1127D-E, 1128F.
 Erixis, 1128B.

- escitas, 1101A.
 Esparta, 1098A, 1127B.
 Espeusipo, 1108A.
 Esquilo, 1087F, 1090A.
 estagiritas, 1126D.
 Estilpón, 1108B, 1119C-D, 1120A-B.
 Estoa, 1122B.
 Estratón, 1115B.
 Euclides, 1093E.
 Eudoxo, 1093C-D, 1094A, C, 1126D.
 Eurípides, 1090C, 1094F, 1095A, D, 1105B.
 Euro, 1090E.
 Europa, 1114B.
 Eveno, 1102C.
 Faetonte, 1094B.
 Fania, 1097B.
 feacios, 1093C.
 Febo, 1098C.
 Ferecides, 1089F.
 Filipo II de Macedonia, 1126F.
 Filipo de Opunte, 1093E.
 Filoctetes, 1087F.
 Filóxeno, 1099D.
 Filóxeno de Citera, 1128B.
 Fócide, 1099F.
 Foción, 1099C, 1126C.
 Formión, 1103B, 1126C.
 Furia, 1101C, 1125F.
 Glauco, 1104D.
 Gnatón de Sicilia, 1128B.
 Gorgona, 1122A.
 Grecia, 1097D, 1124C, 1129C.
 griegos, 1098C, 1099B, 1100C-D, 1117A, 1125D.
 Hades, 1091F, 1092A, C, 1104B-C, 1105B, 1115A.
 Héctor, 1094E, 1095A, 1104D.
 Hedía, 1089C, 1097E, 1129B.
 Hegesianacte, 1101B.
 Helicón, 1094A.
 Heracles, 1112E.
 Heraclides de Eno, 1126C.
 Heraclides (*ho grammatikós*), 1086E-F, 1087A.
 Heraclides Póntico, 1086F, 1095A, 1115A.
 Heráclito, 1089F, 1118C, 1122A, 1124D.
 Hermógenes, 1103B.
 Heródoto, 1093B, 1098A, 1106F.
 Hiámpolis, 1099F.
 Hierón, 1095D.
 Hiparquía, 1086F.
 Hiparco, 1094C.
 Hipócrates, 1090C, 1099D.
 hircanos, 1101A.
 Homero, 1087A, 1093B, 1094E, 1095A, E, 1105E-F.
 Idomeneo, 1117D, 1127D.
 Ión, 1125D.
 Ismenias, 1095F.
 Ítaca, 1088D.
 Jardín, 1097E, 1098B.

- Jenócrates, 1111D, 1115A, 1124E, 1126D.
 Jenofonte, 1093B-C, 1096C.
 Jerjes, 1129C.
 Jerónimo de Rodas, 1096A.
 Lácares, 1090E.
 lacedemonios, 1116F, 1125D.
 Lais, 1099B.
 Lámpsaco, 1090E, 1128F.
 Leonteo, 1108E.
 Leontiades, 1099D.
 Leontion, 1089C, 1097D, 1129B.
 Lete, 1130E.
 Leuctra, 1098B, 1099D.
 Licofrón, 1108E.
 Licurgo, 1103A, 1116F, 1125D, 1127B-C, 1128E.
 Maratón, 1098A, 1099D.
 Melanípides, 1095D.
 Meliso, 1108B, 1126B.
 Menandro, 1102B.
 Menedemo, 1126C.
 Metrodoro, 1086E, 1087A, D, 1088B, 1091A, E, 1094E, 1096A, 1097B, 1098B-C, 1103A, 1108E, 1117B, 1125A, 1126C, E, 1127B-C, E, 1129A.
 Milcíades, 1097C, 1098A.
 Minos, 1104D.
 Mitres, 1097B, 1126E.
 Musas, 1094A, 1095E.
 Museo, 1095D.
 Nánaro, 1095D.
 Neocles, 1089F, 1097E, 1100A, 1100C.
 Néstor, 1107F.
 Nicias, 1093E.
 Nicidion, 1097E.
 Nilo, 1126F.
 Numa, 1125D.
 Odiseo, 1093C, 1108A.
 Olimpia, 1100C.
 Pan, 1103A.
 Pantea, 1093C.
 Parca, 1113A.
 Parménides, 1108B, 1113E-F, 1114A-E, 1116A, E, 1120C, 1122A, 1124D, 1126A, D.
 Pela, 1096B.
 Pelópidas, 1098A, 1099D.
 Peloponeso, 1127B.
 Periandro, 1104D.
 peripatéticos, 1115A-B.
 Piérides, 1095E.
 Píndaro, 1102F, 1103A.
 Pireo, 1126E.
 Pirra, 1126C.
 Pirsón, 1101B.
 Pitágoras, 1086E, 1094B, 1105E, 1128F.
 Pitia, 1103A, 1117A.
 Pítocles, 1094D, 1124C.
 Pitón de Eno, 1126C.
 Platea, 1098A.
 Platón, 1091D, 1093A, 1094C, 1097B, 1103F, 1105E, 1107F, 1108A-B, 1111D, 1114C, F,

- 1115A-F, 1116D-F, 1120C,
1122A, 1124C-D, 1126B-D,
1129C.
Polieno, 1089F, 1098B, 1103A,
1109E, 1119C.
Poseidón, 1119E.
Potidea, 1117E.
Protágoras, 1086E, 1109A.

Queredemo, 1129A.
Querefonte, 1116E.

Roma, 1098A, 1129C.
romanos, 1125D, 1129C.

Salamina, 1099D.
Sardanápalo, 1095D.
Saturnales (=Kronia), 1098B.
Saturnino, 1107D.
Sicilia, 1097B, 1126C, 1128B,
1129C.
Simónides, 1095D.
siracusanos, 1090E.
Sócrates, 1086E, 1103A, 1108B,
1114C, 1116E, 1117A, D-E,
1118A, C-D, F, 1119B-C, 1120C,
1121F, 1124D, 1126B, 1128F.
Sófocles, 1093D, 1094E, 1100C,
1103B, 1129D.
Solón, 1127B-C.
Sositeo, 1101B.
Támiras, 1093D.
Tasos, 1089C, 1097D.
tebanos, 1099D, 1129C.
Tebas, 1099B.
Tebe, 1093C.
Temístocles, 1097C, 1099D, 1116F,
1129B.
Teofrasto, 1086F, 1095E, 1096A,
1097B, 1110C, 1115A, 1124C,
1126F.
Teón, 1086E, 1087A, C, 1088E,
1096F, 1097A, 1100D-E, 1104A.
Teopompo, 1093C.
Tifón, 1119B-C.
Timarco, 1117B.
Timoclea, 1093C.
Timócrates, 1098C-D, 1125D, 1126C.
Tracia, 1126C.
Trasibulo, 1098A, 1128F.
Trasileonte, 1095D.
Trasónides, 1095D.
«Treinta», 1117E.
Tolomeo I Soter, 1093E, 1095D.
Tolomeo II Filadelfo, 1107E.

Zenón de Elea, 1126D.
Zeus, 1088E, 1091D, 1093A, D,
1095E, 1099C, F, 1101A, 1102E,
1103A, 1112F, 1114A, 1117C,
1119E, 1120A, 1121C.
Zeuxipo, 1086D, 1087A, 1088D,
1100E, 1103F.
Zoroastro, 1115A.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	7
1. Plutarco y el epicureísmo	7
2. Los escritos antiepicúreos de Plutarco	15
3. Ediciones y traducciones	21
BIBLIOGRAFÍA	26
CONTRA COLOTES	31
Introducción	33
Contra Colotes, en defensa de los demás filósofos.	47
SOBRE LA IMPOSIBILIDAD DE VIVIR PLACENTERAMEN- TE SEGÚN EPICURO	131
Introducción	133
Sobre la imposibilidad de vivir placenteramente según Epicuro	149
DE SI ESTÁ BIEN DICHO LO DE «VIVE OCULTAMENTE» .	247
Introducción	249
De si está bien dicho lo de «vive ocultamente» ...	259
ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS	277